

PLE ART THINKING **ROBÓTICA**
GAMIFICACIÓN ESCAPE ROOM **TIC**
PBL **FLIPPED CLASSROOM**
MOBILE LEARNING **MOOC** APPS
VISUAL THINKING STEM



EDUCATIVE INNOVÉISION

JORDI MARTÍ

Educative Innovéision

Educative Innovéision

Jordi Martí Guiu

Prólogo de Mikel Ortiz
Portada de Néstor Alonso

© Jordi Martí Guiu, 2017

Licencia Creative Commons



A mi hija Joana, a mi mujer y a sus dos maravillosas hijas.

Índice

Prólogo de Mikel Ortiz (@eztabai)	11
Capítulo 1. La innovación como acto de fe.....	14
Capítulo 2. ¿Qué es ser un docente innovador?	21
Capítulo 3. La innovación educativa (no) es cosa de jóvenes.....	27
Capítulo 4. Innovar o ir de guays	34
Capítulo 5. Innovación versus tradición.....	41
Capítulo 6. Las redes (no) son para todos los docentes.....	50
Capítulo 7. Mamá, no quiero salir de mi zona de confort.....	57
Capítulo 8. Las metodologías innovadoras	61
Capítulo 9. Cachivaches	70
Capítulo 10. El método revolucionario para hacer paellas.....	80
Capítulo 11. Neuropapanatismo y otras neuras.....	87
Capítulo 12. Hacer el pino me marea.....	94
Capítulo 13. Gamifica que algo queda	102
Bonus I. Cómo convertirse en gurú educativo	110
Bonus II. Diccionario gamberro de innovación educativa	116
Epílogo	128
Sobre el autor	129

Prólogo

El autor me sugirió que escribiera un prólogo a este libro que no he leído, y claro, me hizo una oferta que no pude rechazar, al más puro estilo Marlon Brando. No sé de qué va esto que ha escrito Jordi, pero por la portada de @Potachov, supongo que hará lo que sabe hacer, escribir mucho y bien sobre SU concepto de educación. He puesto "SU" en mayúscula porque esto es así, Jordi tiene unas ideas sobre lo educacional que no caben fácilmente en los cánones actuales. Vamos por partes, que dijo Temperance Brennan, la protagonista de Bones.

Lo primero, no conozco a Jordi, no he hablado nunca con él, no sé qué voz tiene, solo le llevo años leyendo, interaccionando con él en su blog o en Twitter, y por eso sé que es de los míos, de los iconoclastas, de los que no nos creemos muchas de las teorías pedagógicas imperantes. Este catalán errante, que cambiaba de instituto cada poco tiempo, tiene una relevancia considerable en las Redes a la vez que una legión de "haters", odiadores profesionales que le entran a saco en su blog y le ponen a parir. Menudo lenguaje estoy usando para un prólogo sesudo, vergüenza me debía dar... pero no me da.

Veamos, **lo primero** es que Jordi no se corta a la hora de denunciar las falsedades que sobrevuelan el hecho educativo y que muchas veces aterrizan con estrépito en la escuela o el instituto. Esa innovación suele estar hecha a medida del profesorado, pagada a precio de sangre de unicornio (o de tinta de impresora, que lo mismo me da), y muy poco pensada en el verdadero protagonista, el alumnado. En su blog ha utilizado

todo tipo de armas contundentes contra los vendedores de humo que sufrimos a diario, ha escupido fuego contra cierta enseñanza segregadora, ha disparado misiles a editoriales, ha puesto a bajar de un burro a los gurús educativos que abandonan las aulas para dedicarse a las conferencias vacuas que tantos beneficios les aportan. El que te va a divertir en las próximas páginas, cada vez que abre la boca gana un amigo para siempre y un enemigo eterno, veremos en qué tribu estás tú.

Lo segundo es el tema de este libro, que según veo en una de las portadas que maneja, va de un montón de palabrotas de 100 €: PLE, Art thinking, Robótica, Gamificación, Escape room, TIC, PBL, Flipped classroom, Mobile learning, Visual thinking, MOOC, Apps, Steam. Buf, le ha faltado kilo y medio de rúbricas, una pizca de inteligencias múltiples y alguna ida de olla inventada en el MIT. Lo que está claro es que Jordi ha cogido el hacha de doble filo y no va a dejar títere con cabeza. Para colmo titula el libro EDUCATIVE INNOVÉISION, toda una provocación para esas cohortes de docentes que se reúnen cada poco a intercambiar marcianadas, algunas útiles, otras no tanto, las más sólo modas pasajeras, todas esas maravillosas técnicas pedagógicas que se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia, "porque hay que poner una nota y no sé cómo hacerlo sin examen".

Lo tercero y para acabar, la forma de distribución de este libro, muy poco catalana si se le permite la maldad a un vasco, vamos que en este caso *"la pela no es la pela"* porque va a ser gratis, libre y abierto a la crítica más salvaje. No esperaba menos del autor, un tipo que escribe para deleite de mucha gente, y también, y esto es lo que más me gusta, para escarnio de otra

mucha gente que lee sus bravuconadas y discute a golpes de teclado. Algún día yo también escribiré un libro y Jordi me lo prologará, el tema lo tengo claro: mucho mejor la ignorancia difusa, saber algo de casi todo, que la ignorancia concentrada, saberlo todo de algo y nada de lo demás. Ahora a leer, absténganse almas cándidas, ojos tiernos y corazones sensibles.

MIKEL ORTIZ (@eztabai)

Capítulo 1

La innovación como acto de fe

Si lo de Adán y Eva ya es de traca, ¿alguien se imagina la consideración milagrosa que supone la innovación educativa llevada a pie de aula? ¿Qué supone innovar? ¿Qué aporta esa innovación a los resultados finales de nuestros alumnos?

Innovar es algo que significa tan sólo introducir una novedad. Por lo tanto, ¿Se puede hablar de innovación cuando lo que se hace es adaptar las prácticas a las nuevas herramientas que se hallan a nuestra disposición? ¿Podemos realmente estar hablando de innovación como acto consciente de cambio del sistema tradicional? Bueno, si atendemos a todas las posibilidades y particularidades del concepto innovar también nos podemos encontrar con aquella típica definición, tan manida en los últimos tiempos, de recuperar metodologías educativas que no funcionaron en su momento y que, después de ir rebuscando entre cajones, de muebles cubiertos de polvo, aparecen como un Arca educativa, tan necesaria como desprovista de poder divino.

Creo que cuando hablamos de innovación educativa estamos haciendo un acto de fe. Una fe ciega en que probar algo diferente nos va a ayudar mejorar los problemas de la enseñanza tradicional. Una fe absoluta en que nuestros pequeños cambios “innovadores” van a dar unos resultados maravillosos con nuestros alumnos. Una fe, plagada de los mismos defectos que la propia fe que, al final se convierte en un producto demasiado

voluble y dependiendo de factores muy poco terrenales, pocas veces efectivo.

La realidad nos hace aterrizar. Una innovación individual y puntual tiene poca afección sobre el sistema. Son aún demasiados pocos los creyentes en nuevos modelos educativos. Son muy pocos los que se resisten a probar algo nuevo. Algo de lo cual no se saben ni sus resultados, ni el tiempo que tardará en demostrarse lo positivo o lo negativo de dicho cambio. Algo lógico en esta religión en la que se ha transformado el concepto de innovación. No sólo aplicada al ámbito educativo, más bien trasladada a todos los aspectos que necesiten, por motivos demasiadas veces externos al proceso, una mejora por no dar los resultados que a uno le apetece en cada momento.

Entiendo y comprendo a los que defienden que la innovación educativa no es garantía de mejora. Entiendo y comprendo a aquellos que prefieren seguir con métodos validados y fiables (por los años que llevan aplicándose) antes de lanzarse a una piscina con los ojos cerrados. Lo entiendo. Eso sí, dicho lo anterior, también entiendo a aquellos que quieran lanzarse de cabeza a esa piscina de la que desconocen la profundidad y ni siquiera si dispone de agua. Entiendo a aquellos innovadores que, a pesar de lo fácil que sería no hacerlo, se lanzan a experimentos de resultados impredecibles. Unos resultados que quizás decepcionen o les hagan modificar las praxis para adecuarlos a esos errores que pueden cometerse. Ambos tienen su parte de razón. Bueno, seamos sinceros, lo de tener razón al tirarse con los ojos cerrados a una piscina que se supone que tiene agua suficiente para no darse un morrazo del copón es algo que debería ser analizado en profundidad. Creo, luego me tiro y ya veremos si hay agua o debemos usar esos servicios

asistenciales que se sustentan tan poco en el rezo y más en la ciencia. En la innovación puede estar el futuro o quizás, sea a veces el presente el que deba importarnos porque de futuros posibles andamos muy sobrados. Lo importante es no desfallecer. En la innovación y el cambio está el futuro.

Habéis visto que hasta ahora no he hablado de nuevas tecnologías. La innovación educativa no es sólo cuestión de cachivaches tecnológicos de última generación... Es cuestión de cambio de las prácticas habituales. Trabajar colaborativamente en un grupo ya es innovar. Salir a la calle para explorar lo que nos rodea en lugares donde no se estila hacerlo ya es innovar. Cambiar los roles e implicar a las familias en el aprendizaje de sus hijos ya es innovar. Innovar va más allá de los controvertidos cacharros. Se puede innovar sin nada. La materia primera para innovar somos nosotros, los chavales y sus familias. Los extras a veces nos hacen perder el norte. Y ese norte, envuelto por un falso misticismo, lleno de profetas y druidas con sus calderos hacen que, en más ocasiones de las que no debiera, caiga en las redes de todo aquello que presupone algo que no existe ni va a existir.

¿Cómo vendemos la necesidad de innovar a un compañero que sigue usando métodos que le funcionan que no se han modificado en los últimos años? ¿Es lógico probar cosas nuevas cuando lo que hay funciona? Seamos realistas. Si algo funciona, dejemos que siga funcionando. Si se puede mejorar con pequeños añadidos... Hagámoslo. No perdamos nunca de vista el objetivo final de la educación. Un objetivo que se llama mejora del aprendizaje. Del aprendizaje en mayúsculas. Del aprendizaje más allá del hecho de ir aprobando pruebas mal diseñadas

que, en la mayor parte de casos, sólo evalúan cuestiones memorísticas. Unas pruebas que quizás tendrían que revisarse a fondo. Pero eso es otro tema porque en las pruebas hay muchos intereses demasiado terrenales y esto, tanto a quienes buscan una nueva religión como a aquellos que ya les va bien la que tienen, es algo que no les importa.

Hablando de pruebas y datos ofrecidos por docentes o, simplemente, sesgados en los medios. ¿Alguien a estas alturas de la película en un contexto más de fe que de realidad, es capaz de ser ecuánime en sus percepciones educativas? ¿Alguien es capaz de pronunciar verdades absolutas cuando habla de los resultados de tal o cual experiencia educativa?

No, la verdad es que la ecuanimidad no es una virtud de quien diserta, desde posiciones más o menos cercanas a la profesión docente, acerca de temas educativos. Ser ecuánime implicaría aislarse de ideologías propias y, más allá de casos particulares o suposiciones acerca de qué debe ser lo correcto, basarse en datos reales y concretos tomados al margen de cualquier interés exógeno. Ya veis que tampoco sirven, por ello, las pruebas externalizadas para pulsar el sistema al estar ya viciadas por la propia organización que las diseña y ejecuta. La ceguera parcial es habitual y, por mucho que alguien afirme con rotundidad A, B o C, se verá obligado a replantearse dicha afirmación si intenta aislarse de ideas preconcebidas o valores absolutos. Además, seamos sinceros, ¿A alguien le interesa ser ecuánime cuando habla sobre temas educativos?

Las ópticas siempre son divergentes al tratar de situaciones sociales y, es por ello que la educación -conformada por unas relaciones sociales sin parangón- siempre va a ser analizada de

forma parcial. Ya no es sólo el planteamiento previo de uno que hacer ver diferentes colores en función de la inclinación de los rayos solares. Se trata de la necesidad imperiosa de sentirse formando parte de un grupo que piense como él. No hay realidad. Hay falta de ecuanimidad y suposiciones que, en ocasiones, hacen que la habilidad para modificarlas en función de guiones nada prediseñados, sea la clave de la opinión. Sí, todo es opinión y por tanto todo es opinable. Bueno, más que opinable... Defendible. Las argumentaciones educativas permiten siempre defender una cosa y su contraria. Además, curiosamente, con argumentos igualmente sólidos y basados en investigaciones supuestamente realizadas científicamente.

Cuesta encontrar verdades educativas. Bueno, dudo que las haya. Eso sí, la facilidad que tenemos algunos de indignarnos cuando vemos a ciertos personajes que se atribuyen la ecuanimidad absoluta en sus palabras, el buenismo o, yendo aún más lejos, sus postulados ideológicos impolutos que les permiten defender a ultranza lo que digan los “suyos”, es algo preocupante porque debería importarnos más bien poco. Conversaciones ecuanímes para demostrar que no lo son. Planteamientos absolutistas que lo único que tienen de absoluto es la falacia argumental de los mismos. Estrategias fantásticas que se desmontan al poco de pisar un aula y, que tienen muy poco que ver con cuestiones científicas y mucho con realidades de contexto, nos lleva a algunos por el camino de la amargura.

Una amargura que afecta de lleno al proceso innovador. Bueno, a aquella innovación educativa realizada con esmero y, cómo no, a la que sólo se hace para demostrar que algo que funciona puede dejar de funcionar.

Tristemente, los docentes y las personas en general, tenemos habilidad para mentir. Mentimos en demasiadas ocasiones, no decimos la verdad en la mayoría de los casos. En definitiva, somos un poco como Pinocho sin posibilidad de alargamiento de nariz. Que un docente mienta no es malo, que base su profesionalidad en un cúmulo de mentiras que desconozca que ha vertido, sí que puede llegar a ser preocupante. No es necesario decir toda la verdad incluso, en algunas ocasiones, más vale reservarse esa supuesta verdad para consumo propio... Lo imprescindible es saber que lo que estamos contando tiene visos de posibilidad y, por ello, forma parte de nuestras enseñanzas.

Decir que el Sol sale por el este y se pone por el oeste no es verdad pero muchos docentes lo venden como algo absoluto. Sólo un reflejo de esas verdades a medias que, siempre van a depender de las ganas (o posibilidades) de ser más exacto en nuestras apreciaciones.

Lo mismo en la innovación de turno. Aquella que, al igual que en las matemáticas, permiten manipular datos objetivos para que den los resultados que nosotros queramos. A ver, ¿los ángulos de un triángulo suman ciento ochenta grados? O, ¿Va a depender de la geometría en la que estemos trabajando? Las respuestas fáciles siempre son más vendibles y permiten que, desde lo más básico, uno pueda creerse lo que uno le dice. Facilitar supuestas verdades o mentiras interesadas es más cómodo que explicar cuestiones que permitirían ir más allá de lo que se toma como verdad absoluta pero, ¿Es realmente lo mejor? ¿Es mejor quedarse con una Sábana Santa como objeto dotado de gran poder o, simplemente, jugar a hacer un puzle con todas las piezas de alguno de esos santos que pululan por todas partes? Por los clavos de Cristo, la innovación depende

mucho del punto de vista del observador y la manera como elige los datos que le puedan interesar para defender su posición.

No es contradictorio afirmar que algo es fantástico cuando hay algunos que consideran lo anterior un error. No hay nada más falso que generalizar cuestiones individuales y, mal nos pese a muchos, la educación dista mucho de ser ciencia y, a veces, da la sensación de ser lo contrario. Que, reconociendo lo anterior, es mucho más cómodo decir verdades a medias o, directamente mentiras, que ponerse a cuestionar en cada momento lo que se está haciendo en las aulas de nuestro país.

A nuestra sociedad no le interesan los datos objetivos ni las verdades absolutas. Quizás es que tampoco existe lo segundo, más sesgado por la opinión de uno que por los datos que lo afirmen. Quizás es que el docente sólo transmite las visiones propias de unos datos que siempre pueden ser fácilmente interpretables. Quizás es que, como sucede habitualmente, la verdad y la mentira se confunden al pasar por el filtro que supone cada persona.

La innovación educativa es dura, se basa en postulados siempre rozando la verdad y la mentira más absoluta. Algo que defrauda a menudo. Se lucha contra praxis establecidas y que no dejan, por el hecho de serlo, de funcionar medianamente bien. Se reciben críticas cuando las cosas no van bien. Se cuestionan en todo momento por gran parte de la comunidad educativa que no entiende el porqué de cambiar las cosas. A ver, si hay cientos de religiones, por qué he de ser yo el poseedor de la verdad absoluta. Por tanto, me reitero en que innovar es un acto de fe.

Capítulo 2

¿Qué es ser un docente innovador?

No hay nada más complicado que intentar definir conceptos que, por perversos, dejan mucho a la interpretación y poco a la objetividad. Éste es el caso de definir qué supone ser un docente innovador. Un docente que no ha de ser el más puntero en el uso de las nuevas tecnologías, ni el que hable con palabrejas imposibles de entender por parte de la mayoría de la comunidad educativa (PLEs, trabajar en la nube, mapas conceptuales, Edmodo, LMS, etc.), ni el que dé más cursos de formación a sus compañeros como formador, ni el más reconocido en las redes sociales, ni el que tiene un blog, ni el que asiste a todos los saraos o eventos educativos para explicar mil veces sus experiencias de aula, ni tan sólo quien más papeles pueda incorporar a su currículum. Un docente innovador es aquel que se adapta a la realidad del aula. Quien usa las herramientas que, en cada momento, ve más adecuadas. Quien sepa realizar una clase con los chavales para que al sonar el timbre se queden con ganas de más. Quien sea capaz de transmitir parte de lo que sabe a sus compañeros sin jergas extrañas que potencia y usa una *élite*. Quien sea capaz de ser uno más dentro de un colectivo que ha de tirar para adelante.

Con lo anterior podríamos inferir que no hay docentes innovadores. Hay innovación que se da a base de docentes. Una innovación que, por cierto, ha de centrarse en el aula. No tiene sentido hablar de docentes innovadores (u otorgar ese calificativo) a personas que están trabajando fuera de las trincheras.

Por mucho que, según ellos, innoven. Por mucho que publiquen. Por muchos buenos materiales que compartan. Será innovador... Pero, ¿Docente?

El mejor docente es aquel que da lo mejor en su aula. El que usa las herramientas que considere útiles. El que, a pesar de diferentes contratiempos, intenta ofrecer lo mejor de sí mismo a sus alumnos y compañeros. El que siempre está dispuesto a colaborar. El que no pone malas caras porque sus compañeros no piensen igual que él. El que hace apología del uso de ciertas cosas pero no critica a quien no quiere usarlas. El que intenta mejorar primero el aula y después el resto del colectivo. Un colectivo que, aunque a algunos les guste relacionarse con los suyos (o con los que son capaces de usar su jerga), se halla en el centro educativo y en todo el colectivo que está relacionado con él (alumnos, docentes y familias). Ese es un docente innovador. Mejor dicho... Ese es un gran docente. Dejemos lo de innovador para aquellos que les guste la palabreja.

Eso sí, es innegable que estamos en una sociedad excesivamente mediatizada donde toda praxis educativa se reduce a experiencias pedagógicas bautizadas como innovadoras. ¿Qué pasa? Que ahora va a resultar que, por no saber algunos dar una clase magistral (que no tiene porque ser unidireccional) en condiciones y mezclarla con otros docentes que trabajen de otra manera, debemos homogeneizar la praxis. ¿Es realmente lógico despreciar lo que nos ha permitido llegar adonde estamos y considerar que sólo es bueno aquello que se está vendiendo mediáticamente? ¿Hasta qué punto no podemos dejar que los futuros maestros, entre lo que vivieron en su etapa de estudiantes hasta que, con unas prácticas adecuadas desde primer curso

de Magisterio viendo las prácticas diversas de los otros maestros que están en sus centros de prácticas, tengan una visión amplia de lo que consiste dar clase y que elijan lo que mejor les vaya? ¿Realmente es tan necesario abolir prácticas educativas por el simple hecho de no denominarlas “innovadoras” o dejar que el concepto guíe en exclusividad lo que uno hace en el aula? No, no lo creo. Menos aún cuando en mis años de experiencia profesional he visto que mis compañeros tienen diferentes tipos de dar clase y, sinceramente, creo que lo más productivo para nuestros alumnos es que tengan docentes tan heterogéneos y con prácticas tan diversas como la sociedad en su conjunto.

Por cierto, ¿Por qué no hablamos un poco más de la clase magistral? De aquella impartida por quien sabe mucho y, además es capaz de capturar la atención de todos los que lo están escuchando. Ser capaz de exponer, con mayor o menor profusión de medios tecnológicos, alguna cuestión de interés y no caer en el bostezo repetitivo de quien se halla delante es algo maravilloso. Me encantan las clases magistrales desde esa perspectiva. Ser capaz de mantener en vilo a los oyentes mientras se está hablando sobre algo es complejo, difícil y, por qué no decirlo, innovador. Y ya si nos ponemos con el concepto, magistralmente innovador.

La clase magistral debe existir. Al igual que existen nuevas metodologías de enseñanza. Combinada con lo que sea pero siempre manteniendo su lugar en un entorno de aprendizaje.

Cada vez son más los que se oponen a la clase magistral. El problema es que se oponen a la clase magistral bajo diferentes

premisas falsas sobre lo que es. Premisas que consisten, fundamentalmente, en asociarla a la transmisión de contenidos mediante el calco exacto de algún medio (sea libro o material multimedia). Otro de los errores es oponerse a la clase magistral por la incapacidad de más de uno de poderla utilizar como recurso... ¿Cuántos docentes tienen suficiente capacidad intelectual y emocional para poder llevar a cabo disertaciones que sean capaces de mantener al auditorio embelesado? ¿Cuántas horas de preparación y formación previa exige poder llevar a cabo esa clase magistral que a algunos tan trasnochada les parece?

No es fácil lo anterior. No es fácil reconocer las limitaciones de uno. Es siempre mucho más cómodo intentar desprestigiar determinados modelos, usando su vertiente más habitual de concepto (que, por cierto, no debería confundirse con la clase magistral), que reconocer la incapacidad de poder usarla como recurso.

Me sorprende ver que una de las críticas más habituales a la clase magistral es la necesidad de establecer comunicación bidireccional en el aula. Algo que, en ocasiones y por las diferencias de preparación que existen entre ponente y oyente, es algo imposible. Las clases magistrales no se oponen al aprendizaje compartido pero, si lo que se supone es una mayor capacidad del aprendiz que del docente quizás debiéramos plantearnos la catalogación de éste último como tal. Saber menos que tus alumnos (salvo en algún caso muy puntual) debería llevar a reflexionar. A plantearnos la capacitación de ese docente. A cuestionarnos la necesidad de saber quién está dando clase y que ello condujera a unas determinadas consecuencias.

La clase magistral no funciona porque se vende, de forma interesada, como lo que no es. La clase magistral no funciona porque muchos docentes no están preparados ni capacitados para impartirla. La clase magistral no funciona porque, si no se usa con moderación, pierde todo su sentido.

Creo que últimamente está cobrando mucha fuerza un postulado educativo muy peligroso. Aquel que enarbolan algunos diciendo que un buen docente es aquel que es capaz de utilizar la metodología más innovadora en su aula, con independencia del conocimiento exhaustivo de su materia. Sí, da la sensación que hemos pasado de la necesidad imperiosa de tener docentes con amplios conocimientos en su materia sin tener en cuenta sus habilidades como docentes, a desprestigiar del todo el conocimiento. Preferir un buen docente que sepa mucho o que tenga muchas estrategias para dar clase es un error. Deberíamos exigir que en nuestras aulas sólo existieran docentes con un amplio dominio de su materia y que, además, tuvieran una gran facilidad para transmitir esos conocimientos o habilidades a sus alumnos. No, no me vale que uno sea un docente innovador que conozca y aplique las últimas metodologías, necesitamos que, al margen de lo anterior, sea la persona más capaz en el saber que puede llegar a atesorar.

Tengo muy claro que en determinadas etapas educativas la metodología es mucho más importante que el conocimiento que puede llegarse a transmitir, pero, vamos a ser claros... ¿Qué nos interesa realmente? ¿Un docente que sólo sepa transmitir algo o uno que, aparte de transmitir tenga la capacidad de ir mucho más allá por la cantidad de cosas que sabe y puede transmitir a sus alumnos? Porque lo de ser el chico de los recados que para todo vale y nada aprovecha ya se está pervirtiendo

hasta extremos insostenibles. Quizás es una excusa para encubrir la limitación de algunos y su continuo ascenso a lugares en los que, para desgracia de muchos, se está gestando la futura sociedad.

Eso sí, la idea de docentes y centros innovadores o prácticas de referencia, vende muy bien. Más aún el jugar a ser el Torquemada aficionado con aquellos que no sigan la doctrina que algunos creen única. Bueno, y entre Torquemada y la necesidad de evangelización que se propugna desde la actual innovación que lo único que tiene de innovador es el nombre, todo se parece más a una secta educativa que a la necesidad de mejorar realmente el aprendizaje de los alumnos con los que se van a encontrar esos nuevos maestros. Unos maestros que van a ser garantes de la mejora social y cuya importancia, al igual que la de la mayoría que trabajan en servicios esenciales, es incuestionable.

No, no quiero una cohorte de maestros innovadores. Quiero una cohorte de buenos maestros. Es por ello que un debate acerca de qué es o qué deja de ser un docente innovador sobra de cualquier planteamiento.

Capítulo 3

La innovación educativa (no) es cosa de jóvenes

Mucho nativo digital para unos, mucho experto en metodologías innovadoras para otros. Mucho docente joven educado en un mundo lleno de tecnología con capacidad de acceso prácticamente ilimitado a toda la información desde un solo clic y, como contraposición, gran ausencia de esas supuestas capacidades que se infieren en alguien por haber nacido rodeado de tecnología en el cambio educativo. Docentes jóvenes que, en su mayor parte, se dedican a copiar los métodos educativos de antaño y que, curiosamente, son los más reacios a cualquier tipo de cambio en el sistema.

No es raro observar en los centros educativos el *laissez faire* de los “nuevos”. Usando materiales de consumo, especialmente apps cuyo uso es simplemente visual, incapaces de generar sus propios contenidos e, incluso, de realizar experimentos con los chavales para ver qué pueden sacar de los mismos. Los docentes jóvenes no se arriesgan tal y como les tocaría. No innovan en el sentido no mediático del concepto. No son el motor de cambio tan necesario en los centros educativos.

Ya, me diréis que hay excepciones. Claro que sí, excepciones - y no pocas- muy honrosas que hacen que, posiblemente, siga habiendo esperanza. No todos los docentes de nuevo cuño es-

tán sometidos a las restricciones que se comentan pero, sinceramente, son más de los deseables. Y los que no están vendidos por no saber adjuntar un simple documento a un correo electrónico lo están porque, lamentablemente, compran acríticamente como innovación lo que les venden algunos desde púlpitos variados. No, la innovación no es desenvolverse bien con las herramientas tecnológicas, es saber cuestionárselas y saber ver que tras determinados discursos se hallan conceptos que, al final, lo único que hacen es perjudicar el aprendizaje de los alumnos. Discursos que cuesta de calar porque son muy bonitos e ilusionantes. Más aún para aquellos cuyo bagaje – considerando como ese bagaje la simple experiencia como docente- es muy incipiente y aún no ha permitido la configuración de su propia esencia como docente.

Permitidme hacer un inciso con las apps educativas, usadas por docentes y alumnos. La madre del cordero de la manipulada innovación educativa. Aplicaciones que se instalan en las tabletas o móviles que, según sus defensores y vendedores, permiten hacer lo mismo de siempre pero de una forma mucho más entretenida, intuitiva y, por ende, eficaz. Hay apps para dibujar, para aprender a sumar, para situar las capitales, para aprender a leer e, incluso, para controlar lo sano que es el almuerzo que se toma en el patio. Apps para hacerlo prácticamente todo. Apps para, supuestamente, mejorar el sistema educativo.

Creo que tirar de app por defecto es un error que va a traer unas consecuencias muy graves. Usar apps para aprender a escribir, cuando lo único que hacemos es sustituir la típica libreta por una pantalla retro iluminada es algo que me preocupa. ¿Qué sentido tiene hacer lo mismo que podríamos hacer sin disposi-

tivos electrónicos cuando resulta mucho más económico enseñar a escribir de la forma tradicional? ¿Qué sentido tiene incorporar correctores ortográficos en la app de turno cuando visualmente es mucho mejor que el alumno vea sus fallos trasladados en un papel? ¿Qué sentido tiene aprender a escribir con una app?

Podríamos también hablar de esas app molonas para hacer cómics. Desterrar de una vez esos plastidecors y rotuladores para ofrecer una versión prediseñada de sus protagonistas en pantalla táctil. ¿Alguien cree que la creatividad se dará mejor en app que en el uso que pueden dar a los colores los alumnos? ¿Qué sentido tiene ofrecer algo que haga maravillas cuando lo necesario es que un alumno exprese su creatividad? Y, para muchos, expresar la creatividad es algo que no debe depender de baterías o apps diseñadas por terceros. ¿No es bonito que un alumno de cinco años dibuje su primer árbol en un papel? ¿No es bonito ver cómo utiliza los dacs para dar forma a lo que tiene en su imaginación?

Que no... que las apps no tienen ningún sentido en muchos momentos. Que estamos haciendo una ingestión excesiva de aplicaciones, cuyo único sentido es hacer mucho más bonito, que no efectivo, algo que ya se llevaba trabajando muy bien en muchos centros educativos. Pósteres que inundan las aulas, redacciones entregadas en papel con una caligrafía más que practicada y, especialmente, un esfuerzo del alumno para, con lo que dispone, dar lo mejor de sí mismo.

Los proyectos educativos con tabletas son algo que debe ser tomado con mucha precaución. Las apps son, como todo lo que está relacionado con la tecnología educativa, un arma de

doble filo. Algo demasiado peligroso para ser usado como se está haciendo.

Lo siento. Cuando veo a docentes que usan indiscriminadamente una aplicación concreta, chavales que aprenden con la misma, restringiendo al máximo los recursos de toda la vida, creo que se está dando un salto al vacío. Un vacío que, por diferentes intereses, se está postulando como la solución a todos los problemas. Tecnología a golpe de aplicación para un aprendizaje demasiado dirigido. Conceptos y procedimientos que se ralentizan por la necesidad de dar aparatos. Aparatos que, no lo olvidemos, sí que son cosa de jóvenes aunque los adultos estén haciendo sus pinitos con ella.

No creo que se necesiten apps para enseñar a escribir, dibujar o realizar las operaciones matemáticas básicas. No estoy seguro que lo que estemos haciendo no sea una manera de desnaturalizar el aprendizaje. Un aprendizaje demasiado pendiente de la app de turno con unos costes que no tengo claros que estemos dispuestos a asumir en un futuro. Las apps son lo que son y plantearse que se usen para algo que ya funcionaba (y bastante bien) me da mucho miedo. Miedo por ver como son consumidas sin ningún planteamiento previo ni análisis de sus consecuencias.

Nada, tal y como decía antes, la innovación no es cosa mayoritaria entre el colectivo de docentes jóvenes. La innovación se da, fundamentalmente, entre docentes que ya llevan un tiempo en el sistema. Docentes de cuarenta, cincuenta e, incluso sesenta (nos sorprendería la cantidad de docentes a punto de jubilarse que están innovando día tras día en sus aulas) son los que están llevando a cabo el cambio metodológico en sus aulas

mientras los recién llegados intentan mantener la desinnovación o, siendo más correctos, los trampantojos educativos, tan propia de parte del colectivo que viene avalada por determinadas organizaciones empresariales o, siendo menos prudente en la afirmación, de la propia administración educativa.

Hablar de aptitud o ineptitud de un docente a la hora de innovar es complejo porque la tarea no está claramente definida. Innovar no es cambiar, como ya se ha comentado anteriormente en este mismo libro a la hora de establecer la consideración de docente innovador. Innovar es alterar o mantener determinadas cosas para que el aprendizaje de nuestros alumnos sea mejor, disminuir la brecha socioeconómica que llevan incorporada y permitir que, su futuro sea mejor que el nuestro mediante el cambio social que se puede experimentar al irse incorporando como ciudadanos de pleno derecho. Y no, con ello no estoy diciendo que como alumnos no lo sean. Simplemente que la importancia que va a dárseles por parte de la sociedad será mayor cuando accedan a determinados lugares de gestión, profesiones o se encuentren con determinadas situaciones en las que se les debe obligar a elegir.

Deduzcamos pues que la juventud es sinónimo de posibilidades. Más aún en aquellos que están en período de formación o, como en el caso que se está planteando, entre aquellos docentes jóvenes que están entrando, plagados de ilusión y de ideas, en nuestras aulas. El problema no es la falta de ideas, el problema son las ideas preconcebidas y su déficit en todo lo que debería basar esa ilusión y ganas.

Lamentablemente la realidad nos demuestra el poco éxito que estamos teniendo con los jóvenes a la hora de que se conviertan

en agentes de cambio. Ya, voy más lejos que el concepto innovador pero, ¿alguien cree que innovación y cambio no van de la mano? Cambios sutiles que dejan su impronta mientras otros son contraproducentes. La balanza innovadora. El vaso medio lleno o medio vacío.

Si hablamos de TIC, lo anterior es más sangrante. Docentes de veintipocos y, alumnos de muchos menos, incapaces de crearse un blog, de realizar una presentación en condiciones, de maquetar un simple documento de texto, de atreverse a dar sus primeros pasos con software libre, de... Son muchas las cuestiones relacionadas con esas nuevas tecnologías educativas que desconocen. Un desconocimiento que echa por el suelo cualquier teoría sobre nativos digitales, generación X, generación Y, millenials o cualquier otro vocablo que relacione el uso de la tecnología con el período en el cual nacieron los mismos. Un desconocimiento que, unido a su falta de espíritu innovador y desidia de experimentar por miedo al fracaso, hacen que el futuro de la innovación educativa se encuentre en entredicho.

No hay renovación. Son, en demasiadas ocasiones, los mismos los que siguen apostando por cambios metodológicos, uso de las nuevas tecnologías, ruptura con los libros de texto (creando su propio material), etc. Los mismos que, cada año que pasa son un año más viejos. Más viejos y más cansados (un año, para un docente que quiera hacer algo para cambiar las cosas, implica mucho desgaste). Una falta de ver caras nuevas, docentes comprometidos más allá de la “puntualidad” de sus acciones (¡Vamos a un sarao a ver qué nos cuentan, incluso que después no probemos nada en nuestras aulas!) que hacen temer por el futuro. Un futuro que, no lo olvidemos, va a venir marcado por la innovación educativa entendida como lo que debe ser y no

como lo que nos venden. Una innovación, que si no se realiza de forma mayoritaria y mediatizada como toca y no como se hace, va a ser de eficacia limitada.

Los jóvenes son la esperanza de cualquier país. Los docentes jóvenes el futuro de la Educación. Es por ello que conviene ver el cambio. Necesitamos que los docentes sean innovadores, que no tengan miedo, que se arriesguen, que se equivoquen. Necesitamos que, a diferencia de lo que realmente sucede, la innovación se dé desde los neófitos del sistema.

No creo banal mezclar app, jóvenes y taxonomizar al personal porque el terreno de juego es tan grande que, por suerte para algunos y por desgracia para otros, permite que cada uno pueda decidir con qué pelota va a hacerlo y establecer sus propias reglas de juego.

Capítulo 4

Innovar o ir de guays

He de reconocer que, a pesar de intentarlo, cada vez me cuesta más seguir desarrollando mis habilidades lingüísticas para poder entender algunos vocablos usados como parte de la llamada “innovación educativa”. Llega un momento en que el planteamiento que subyace tras el uso de palabrejas, cada vez más complicadas e impronunciables, se aleja demasiado del sentido común. Un sentido común que habría de basar todas las decisiones y propuestas de mejora educativa. Un sentido común que, tras determinados *illuminati*, va siendo cada vez el menos común de los sentidos.

Se puede entender que se hable de entornos de aprendizaje. Si añadimos lo virtual, lo estamos complicando pero aún podemos aceptar ese “pulpo como animal de compañía”. Podemos pararnos a pensar si hay oficios que lo gestionen, como es el caso de los perfiles en los que alguno se autoasigna el valor de “moodler”. Supongo que será que sabe algo de Moodle, al igual que a un panadero se le supone la capacidad de hacer pan. Eso sí, rizando el rizo, existe el *moodle coacher*. Ya tenemos al guía espiritual de las siglas que, curiosamente, siempre nos aparece. Esto del coaching es divertido. ¿Por qué usar la palabra asesor cuando con una palabreja que nos permite ir de guays queda más cool?

También resulta complicado, en los últimos tiempos, seguir las tendencias educativas. Hay algunos que se hacen un MOOC y,

lo más curioso, es que piden a sus compañeros que se hagan uno con ellos. Joder (con perdón), hacerse algo con alguien es realmente peligroso. Y si se entera la pareja de uno. No creo que sea fácil comentar a tu pareja... “hola cariño, me voy a hacer unos MOOC con un amiguito virtual”. ¿Por qué no le decimos que nos vamos a matricular de un curso por internet donde participan tropecientas mil personas? No es cool, no queda tan bien.

Podría seguir hablando de esos que lo flipan. Que quieren montar una *flipped classroom*. Algunos ya lo traducen como montar una clase al revés. Suerte que tienen... Si yo quisiera hacer una clase cabeza abajo, la sangre me embotaría más el cerebro de lo habitual. Por eso no puedo flipar, y eso que suena bien. Flipar en el aula. En colores y sin productos añadidos. Bueno, algún aparatejo con software gnu (¿gnu es lo que hace una vaca?) y fibra óptica. ¿De cuántos aumentos será la misma?

No sólo es tecnología. Hay modelos pedagógicos con nombres de imprescindible conocimiento para aquellos que quieran abanderar algo en esto llamado educación. Conectivismo, constructivismo, TPACK, SAMR, etc. Hay incluso una pedagogía invisible que, debe funcionar igual que la capa de Harry Potter. El problema es cómo encontrarla y en qué tienda la podemos adquirir. ¿Permitirá el pago con moneda invisible o tendremos que utilizar bitcoins (que tampoco se ven pero molan mazo)?

Con tanto experto en innovación educativa y con tanta palabreja que no consigo entender, estoy fuera de onda y con pocas ganas de sumarme al club de los guays. Un club muy relacionado con el concepto de innovación educativa.

Creo que en los últimos tiempos me he convertido en un docente del “no”. Es habitual en mis planteamientos oponerme, con mayor o menos profusión de desacatos a determinadas prácticas educativas, a la mediatización de determinados personajes e, incluso, a plantearme si realmente vivo en una realidad paralela al no parecerse mi aula ni, ser mi espíritu de trabajo acorde con las posibilidades infinitas que les ofrecen a algunos sus tiempos vitales. La verdad es que tengo muchas ideas sobre educación, la mayor parte equivocadas y que, al final, se quedan en simples ideas voceadas o redactadas de forma tan incoherente como este libro que no van más allá por mi vagancia habitual. Me preocupa. Me preocupa que sea uno de esos 95% de docentes inútiles que pueblan nuestras aulas. Una barbaridad de profesionales, oigan. Y, lo más curioso es que, después el crítico soy yo y decir abiertamente que 570000 de los 600000 docentes que hay en las aulas son pasivo-agresivos y viven en la época del pedernal, se aplaude por los mismos que dicen que lo suyo sí que es vocacional e innovador.

Debo reconocer que, por desgracia, cada vez comulgo menos con ese espíritu de camaradería chachipirulística que está convirtiendo todos los cursos de formación, congresos y jornadas educativas en algo más parecido a una feria del guayismo que en un lugar donde aprender cosas. Sí, lo reconozco. Reconozco que ir a un lugar lleno de docentes donde muchas de las actividades consisten en levantarse, cantar, saltar, bailar o cerrar los ojos para entrar en contacto con el interior de uno, es algo que no veo demasiado útil para mi mejora profesional. No, no discuto la necesidad de algunos de encontrar un club con el que compartir momentos felices y maravillosos, es simplemente mi necesidad personal de, con lo justo que voy de tiempo y de dinero, gastar ambas cosas en un espectáculo que no me aporta -

más allá de pasármelo bien con unos colegas a los cuales desvirtualizo y subo unos selfies a Instagram, a Facebook o a Twitter- demasiado para mejorar en mi práctica docente.

No discuto que haya docentes que necesiten, por determinados motivos (cada uno tiene sus motivaciones y todas son igualmente válidas), entrar en la dinámica de esas fiestas de cumpleaños en las que se han convertido muchos de los eventos educativos. Yo, sinceramente, a pesar de que algunos me puedan llamar sosaina o rancio, prefiero irme a tomar algo con mis compañeros de trabajo y dedicar ese tiempo a mi familia. Es mi decisión. Una decisión nunca extrapolable y la que jamás obligaría a nadie a compartir. Somos adultos y decidimos qué hacer con nuestro tiempo libre. Si uno se lo pasa bien haciendo mindfulness (que no discuto que tenga base científica y pueda ser aprovechable en otros ámbitos) o, haciendo amigos en un sarao educativo, es su decisión. Que Meetic también tiene un número elevado de suscriptores y yo no voy a meterme con nadie por cómo o dónde busca pareja.

Creo que no es falta de humor ni ganas de pasármelo bien. Eso sí, hay contextos en los que cada vez me chirría más el espectáculo y en los que me siento cada vez más incómodo. Quizás por ello ya he dejado de ir a determinados lugares (aunque nunca he sido mucho de ellos). Quizás sea porque, en el último macroevento al que fui con compañeros, hace ya un par de años, me largué del mismo a tomar algo con mi compañero de mi centro cuando vi que una mujer, sin ninguna experiencia directa de aula, ponía al personal a cerrar los ojos y que buscaran un punto de luz. Y ya cuando vi a compañeros de profesión que lo hacían, me planteé que ése no era mi lugar.

Puedo ser culpable de muchas cosas pero nunca de chachipirulismo educativo. El chachipirulismo educativo es aquel estado de gracia que tienen algunos cuando hablan de temas educativos. Esperanzas variopintas sobre una mejora del sistema que, en caso de no producirse en unas próximas fechas, permiten ser alargados los plazos a demanda del buenista de turno.

No creo que sea malo tener esperanzas en una mejora del sistema. No creo tampoco que sea malo el optimismo en un contexto tan duro, a nivel educativo, como el actual. No creo que negar el optimismo sea positivo aunque tampoco creo que sea positivo mantenerlo a cualquier precio.

Muchas veces se me acusa de ser excesivamente crítico con determinadas cuestiones educativas. Con no dejar margen de maniobra a aquellos que quieren ser alegres y consideran que la oscuridad es sólo una fase temporal relativa. Con la excusa de negar la crítica para no pensar en ella, son muchos los que prefieren ver una visión sesgada de la realidad educativa.

La realidad educativa es algo demasiado complejo para ser trazada en unas líneas. Algo que está sufriendo una crisis en nuestro país de magnitud desproporcionada. Algo que, por mucho que algunos estén poniendo su granito de arena, tiende a desmoronarse con mayor facilidad de la que nos gustaría. Es por ello que la realidad es lo que es... algo descorazonador.

¿Conviene dejarse llevar por la inanición? ¿Conviene ver siempre el vaso medio vacío? ¿Conviene dejarse llevar por el impulso que tiene más de uno de verlo todo de color de rosa? ¿Conviene ...?

No tengo claro que es lo conveniente en la casuística actual. No está dentro de mis capacidades (ni dentro de las de nadie) juzgar como debe enfocar el individuo lo que está sucediendo con la Educación en nuestro país. Algo que, por cierto, también diluye la capacidad de juzgar la opinión de otros. Opinión que puede compartirse o no. Una opinión igual de válida que la de cualquiera.

Es por lo anterior por lo que no que quiero declararme, dentro de mi libertad individual de opinión, no culpable chachipirulismo educativo. No me gusta porque, a mi entender, se parece demasiado a querer esconderlo todo debajo de una alfombra cada vez menos capaz de absorber todo lo que hay bajo la misma. Una opción de algunos que estos últimos días se trasladan gestos de amor y solidaridad que tanto se estilan estas pocas horas. Una opción respetable pero que nunca compartiré. Una decisión siempre personal e intransferible.

Dicen algunos que la esperanza es lo último que se pierde pero, siendo sinceros, la realidad de lo que sucede en el ámbito educativo hace que más de uno la hayamos perdido hace tiempo. Vade retro realidad, ven a mí chachipirulismo. Ojalá fuera todo así de fácil.

A propósito... Me lo paso muy bien en mi aula. Tengo mucho sentido del humor y me encanta hacer el payaso cuando conviene pero, sinceramente, cada vez busco más cosas que me puedan servir para mi vida profesional que juegos cuando debo dedicar parte de mi tiempo libre a ello. Y es por ello que los cantajuegos docentes cada vez me causan más desazón. Sí, formo parte del club el docente poco guay. Me he hecho mayor y tengo otras necesidades que cubrir al tener las personales y de

pasármelo bien cubiertas. Necesidades que tienen mucho que ver con la necesidad de saber más y poder ser un mejor docente en mi aula. Algo que no lo mejoran los bailecitos ni los juegos -o el café- que últimamente se están convirtiendo en lo único que se hace algunas jornadas educativas.

Capítulo 5

Innovación versus tradición

No hay ponencia educativa ni publicación en las redes sociales que se precie en el que no aparezca el demonio educativo del siglo XXI: la escuela tradicional. No, no hay gurú que soporte más de cinco minutos de charla sin referirse a ella, ni medio de comunicación que no deba justificar ciertas afirmaciones de los personajes anteriores que, dentro de su máxima de vender, intoxicar y conseguir pingües beneficios, le permitan seguir siendo de esos medios tan “imparciales” cuando se habla sobre temas educativos. Qué demonios, la escuela tradicional vende. El diablo, envuelto en papel cuché, siempre tiene su punto entre erótico y perverso. Siempre es bueno encontrar excusas cuando uno debe vender cosas. Y al final, la realidad, impone que esa venta sólo puede darse si uno encuentra enemigos, sean o no productos de la imaginación. Bueno, muchos se tragan que Elvis está por Hawái disfrutando de sus merecidas vacaciones después de hacerse el muerto. Y, otros muchos, que hay soluciones rápidas para todos los problemas globales y que, son todos los que los padecen, los que no quieren solucionarlos. Nada, lo de siempre. Echar la culpa a terceros y al imaginario colectivo de todos los males.

Es verdad que hay prácticas educativas que, más que por tradición, por un perverso uso de las mismas rechinan. No hay práctica única y, es por ello, que el discurso interesado de esa disyuntiva fácil existe. Romper tradiciones no es la solución, la solución es aprovechar aquello que funciona en cada momento,

rehusar aquello que, en un contexto, chirría y, por qué no ser francos de una vez, adaptarnos a la realidad. Y la realidad se basa en hacer y cómo hacerlo. Somos el espejo en el cual se reflejarán nuestros alumnos. Espejo que está, en demasiadas ocasiones, ceñido a formas de hacer que no deberían de ser las nuestras. Porque, ¿cómo enseñar a los alumnos a trabajar de otra manera si somos nosotros quienes hacemos lo mismo de siempre de forma homogénea y, además sin dar ninguna opción a la adaptación, cuando estamos en su lugar? ¿Cómo pretender que el alumno aprenda, más allá de un libro de texto o dossier, si nuestra pauta a la hora de convertirnos en alumnos es hacer lo que se supone que no queremos que hagan ellos? ¿Es perverso la herramienta? No, la perversión siempre va a depender del uso que se haga de la misma.

El concepto de “escuela tradicional” vende muchísimo más que la “innovación”. Los docentes “innovadores” lo son por contraposición a lo que padecieron (sic.), lo que ven en las películas del NODO y, cómo no, a aquello que les cuentan, con lágrimas en los ojos, todos los alumnos de la mayoría de profesionales que están en las aulas. Sí, venden mucho las películas revival de los años cincuenta. Más aún aquellas que, lo único que hacen, es tirar de tópicos absurdos para hacer demostraciones que no superan ni una triste prueba con algodón de la empresa que los vende. No, si uno está en el aula, abre los ojos sin prejuicios y se planta, de forma más o menos visible, a ver lo que hacen sus compañeros verá que, ni todos son tan sádicos, ni el alumno está tan triste, ni las técnicas pedagógicas de la vara de avellano pululan en sus centros. No, hay una cierta necesidad de vender elefantosis docente y son rara avis. Tan raros que, en ocasiones, se agradecería que hubiera alguno para

preguntarle acerca de su modelo educativo porque, al final, resulta que no hay un modelo educativo único. Hay tantos como docentes estén pisando las aulas. No hay dos docentes iguales, al igual que no hay dos alumnos que, más allá de usar el mismo tipo de vestuario marcado por unas ciertas modas que, al hacerse uno mayor ya no entiende (bueno, el de nuestra época también debería ser incomprensible para los docentes que tuvimos), tengan las mismas necesidades educativas. Y sí, se personaliza el aprendizaje. No sólo el aprendizaje, se intenta ayudar a los alumnos aunque algunos no se lo crean o les interese vender que no es así.

La verdad es que oyendo hablar a algunos uno se piensa que en nuestras aulas se sigue estudiando la lista de los Reyes Godos e, incluso, usando la vara de avellano para corregir conductas de los alumnos. En algunos casos tengo muy claro que es por desconocimiento de lo que sucede de puertas para adentro de nuestros centros educativos y, en otros, por simple cuestión de maldad y necesidad de manipulación mediática del asunto. No olvidemos que poner en un bloque “escuela tradicional” y en otro “escuela innovadora” ya es un simple argumento que usan algunos para defender sus tesis educativas. Tesis que, por desgracia, más allá de esa falsa contraposición, se desmontan al primer análisis un poco serio. Pero vende y, más de los que debieran, lo compran.

Debo reconocer que, ni tan sólo en mi época, se estudiaba ninguna lista de forma memorística. Esa retahíla de datos que obligaban a recitar en algunas escuelas (no todas porque, curiosamente, también hemos manipulado el asunto para creer que las tradiciones son un fiel reflejo de lo que sucedía) hace

décadas que no existe. Quizás, seamos realistas, la memorización per se nunca ha sido el objetivo de la mayoría de aulas aunque, seamos claros, decir lo anterior no vende. No vende afirmar que en los centros educativos se innova desde hace cientos de años. Seamos sinceros, desde el propio origen del concepto de Escuela se está haciendo cosas diferentes y muy poco homogéneas en las aulas. Algunas con mejor y otras con peor éxito.

Lo tradicional resulta que se ha convertido en una lacra para demasiados. El problema es que no existe la tradición educativa, existen prácticas que adaptan los docentes para satisfacer las necesidades de sus alumnos. Las clases silenciosas y el discurso desde la tarima no lo viví yo cuando era estudiante más allá de casos excepcionales. Y lo del galletón a los morros de quien osaba cuestionar ciertas cosas o no hacía los deberes, tampoco lo he vivido. ¿Hasta cuándo me he de remontar para encontrar esa Escuela de la que hablan los que contraponen tradición a innovación? ¿Existe realmente una Escuela tradicional y una Escuela innovadora? ¿No estaremos abusando de ambos conceptos para vender uno u otro tipo de discurso?

Sinceramente, me preocupa que haya personajes que vivan de contar falsos tópicos acerca de lo que sucede en nuestros centros educativos. Unos centros educativos que poco tienen que ver con la imagen en blanco y negro del profesor con la fusta que tanto se comparte en Facebook y se usa en muchos artículos. Algunos hemos caído, en un determinado período en lo anterior pero, sinceramente, una vez llegada la necesidad de replantearse muchas cosas, vemos que todo es más falso que el

decorado de Juego de Tronos. Sí, es falso que exista una Escuela de los Reyes Godos por mucho que algunos la sigan usando como contraposición a sus discursos de medio pelo.

Y los chavales... Sí, los chavales de ahora son iguales que los de antes. Con pocas ganas de aprender y con la mente puesta en otras cosas. Algo que no es culpa del móvil ni de YouTube. Algo que es, simplemente, el cambio de hábitos de consumo de determinados medios de entretenimiento. Por cierto, mi época fue la de la televisión y del Spectrum. Una época de la que, por cierto, no creo que hayamos salido tan mal. Como ahora... Que tampoco creo que todos salgan tan mal.

Es por lo anterior que resulta curioso que se tire de algo que no existe para justificar la necesidad de otra cosa. Me suena demasiado al discurso anti inmigración o, simplemente, a aquellos que defienden la existencia de platillos volantes en Roswell. Seguro que algunos se lo creen pero hay muchos otros que lo único que quieren es sacar tajada de lo anterior porque, seamos claros, ¿A quién le interesa crear ficticiamente un modelo educativo que no existe, hablar de tópicos y vender soluciones milagrosas para esa ficción? No, no hace falta que me respondáis. Creo que todos sabéis a quién.

La verdad es que hay que aplaudir a aquellos que están consiguiendo que se hable de una “escuela tradicional” que no existe, del inmovilismo de todos sus compañeros -menos ellos que, habitualmente se largan del aula- y de la persecución que están sufriendo por su ideología innovadora. Hay que aplaudirlos porque están consiguiendo que, una mentira interesada o una

óptica muy condicionada por situaciones subjetivas, les permitan inferir algunas cuestiones que se caen a la primera observación seria.

No, la “escuela tradicional” no existe como realidad, al igual que no existe la “innovación”. Son simplemente conceptos que se usan para defender posicionamientos ideológicos acerca de cosas que a uno le gustarían o, simplemente, reforzar ideas que permitan, a corto plazo, tener un discurso manipulado y manipulable para ascender en la pirámide educativa hasta poderse codear con aquellos que, por estar en el sitio adecuado o mover los hilos oportunos, viven de la consideración de mesías educativo. Al final todo es un castillo de naipes que, tanto puede interesar al que defiende tradiciones que no existen o innovaciones que, lamentablemente, al único que van a solucionar los problemas es al que vive de venderlas.

Pero no voy a quedarme en lo anterior, ya que al igual que no creo que la innovación educativa sea lo que nos están vendiendo como tal, tampoco creo que usar el concepto de “educación tradicional” sea el más adecuado. Quizás convendría más hablar de prácticas educativas y menos de contraponer tipologías globales para considerar todo lo que se está haciendo en nuestras aulas como algo homogéneo y monolítico. Menos aún cuando lo cierto es que, en la mayoría de aulas, lo que hace el docente es usar las estrategias educativas que le permitan sobrevivir y, de paso, intentar que sus alumnos aprendan. Y para ello no hay ni una única herramienta, ni una sola metodología. Hay algo mucho más importante que se llama adaptación al contexto. Una adaptación que es la clave para obtener buenos resultados y que, poco tiene que ver con innovaciones o tradiciones.

El primer error de la educación tradicional es el sedentarismo docente. Encontrarte a docentes cuya máxima es procurar levantar sus posaderas lo menos posible de la silla que tienen en su aula es algo auténticamente demoledor. No es sólo el sedentarismo ya que, siguiendo con el concepto de docente artrítico, también es complejo entender cómo uno puede enseñar sin moverse de su silla o de su tarima. Sí, siguen existiendo tarimas en el siglo XXI. Y, sinceramente, más que preocuparme la posibilidad de tropiezos de alguno, lo que me preocupa es que el docente engorde por su posición estática. No es malo dar clase, en ocasiones, desde la pizarra. Lo malo es hacerlo exclusivamente desde ahí.

La mal entendida clase magistral también es un gran error. No se trata de saber mucho y tener estrategias que permitan capturar al auditorio (algo que, por desgracia, la mayoría de docentes no poseemos). Se trata de cuestionar a aquel que, al tener pocos recursos, se ve obligado a tirar de un libro de texto o un pdf para aburrir al personal recitando, hasta la mínima coma, una letanía de palabras que han escrito otros. Bueno, a lo mejor cuando era joven se hizo sus materiales pero, considerar que veinte años después se puede dar lo mismo y de la misma manera, debería llevar a reflexionar. Ojalá los docentes pudiéramos dar clase de forma magistral, con las manos en los bolsillos y con una oratoria impecable pero, después de años rodando por diferentes centros educativos, he de reconocer que es muy complicado encontrar a un docente con esas habilidades.

Ya tenemos al docente estático y al que usa magistralmente el libro de texto (ironía). Ahora queda el error que supone el uso del libro de texto como único material del aula. Su necesidad de acabarlo, la consideración del mismo como currículum y, ya

no digamos la dependencia de su solucionario. Usar un libro de texto no es tan grave, usarlo como algo absoluto, recitando los ejercicios que salen en el mismo y, obligando a los alumnos a que lleven el mismo, es algo que, a mi entender, es un error. Si uno usa una herramienta, lo lógico es que la use para cubrir un aspecto de su trabajo, no que su trabajo se use para satisfacer a la misma. Y satisfacer al libro de texto parece que sea el leitmotiv de algunos docentes.

Seguimos con más cuestiones. Entre ellas la programación y burocracia que, en ocasiones, subyace tras la gestión de muchos centros educativos. No se entiende que en pleno siglo XXI se tengan que seguir haciendo programaciones a principio de curso y no programaciones continuas, tampoco que se sigan usando libretas del profesor para poner notas habiendo herramientas gratuitas para esa labor ni se entiende que los padres tengan la misma dificultad en ver lo que pasa en los centros educativos que la que tenían nuestros padres habiendo la posibilidad de articular una bonita página web o blog de centro.

Ahora cuestiones prácticas... No entrar en las aulas de nuestros compañeros (la política de puertas cerradas), considerar el aula física como algo personal y propio (hay algunos que aún no entienden que los espacios educativos de los centros son de todos -sí, hablo por docentes que tienen aulas específicas-), reuniones de trabajo donde se siguen las mismas dinámicas que no sirven de nada basadas en reducir el hablar de metodología educativa al cero más absoluto y, cómo no, el no articular proyectos que engloben a diferentes compañeros porque “mi asignatura es mía y me coordino con mis partes”.

No creo que se trate de tradición, creo más bien que se trata de malas prácticas que se habrían de cambiar. Por cierto, en el ámbito educativo deberíamos dejar de usar el discurso de enfrentamiento entre tradición e innovación porque, aparte de ser algo totalmente falso (nadie es tradicionalista o innovador en todo momento), es un binomio que, da la sensación que sólo interese a quienes viven de contraponer o usar cualquiera de las dos expresiones para descalificar a quien no piense como él. Un error que comparten tanto los “innovadores de salón” como los “diplodocus docentes”. Que haberlos, aunque sean una minoría muy mediatizada, haylos.

Capítulo 6

Las redes (no) son para todos los docentes

Resulta curiosa la sensación que le puede llegar a embargar a uno cuando piensa acerca de quién o quiénes estarán tras la pantalla de un ordenador, tableta, móvil e, incluso, uno de esos relojes supercaros y superexclusivos leyendo las líneas que otro escribe en su blog o, simplemente, consultando los tuits o posts que se pueden llegar a soltar en una de las redes sociales de referencia. Una sensación que, por desgracia, te lleva un paso más allá de la misma y te obliga a plantearte si realmente no estás escribiendo para los mismos que están haciendo lo mismo que tú. No, en los últimos años no ha habido renovación de blogs docentes -salvo honrosas y contadas excepciones- y, lamentablemente para algunos entre los que me encuentro, seguimos viviendo en un mundo digital parte de nuestras vidas los mismos desde hace unos cuantos años. Sí, a la mayoría de docentes no les interesa saber qué sucede en el mundillo educativo. Ya no es sólo que quieran o no cuestionarse determinadas prácticas educativas. Es que, ni tan sólo se acercan o van a acercarse a las redes más allá de su Facebook donde, como mucho, hablan de cuestiones laborales o intercambiarán fotos de comuniones y bodas. Es lícito pero las consecuencias de lo anterior deben ser tenidas en cuenta porque, al final, lo que sucede en esta endogamia, con posicionamientos más o menos críticos sobre metodologías e, incluso, enfados sin sentido por temas

que, al final, se la traen al paio a la mayoría de la comunidad educativa -y ahora no estoy ciñéndome sólo a los profesionales-, pierde toda importancia.

Puedo sentarme a hablar con metodologías con cualquiera que defienda en sus blogs o redes el “santo grial”. Puedo, incluso, debatir sobre educación con muchos que, en las redes tienen opiniones totalmente contrarias a las mías. Iré más lejos... Podría sentarme incluso con representantes de multinacionales que ofrecen productos educativos con el único objetivo de aumentar su cuenta de resultados. De hecho, lo hago. Y, curiosamente, me encanta el debate cuando éste se realiza de tú a tú en formato analógico o digital después de varios contactos por las redes. No es divergir acerca de posturas educativas. Es poder debatir, desde posiciones totalmente enfrentadas, sobre determinados temas porque, al final me estoy dando cuenta que siempre somos los mismos. Bueno, algún desembarco puntual y una ingente masa que se dedica a verlas pasar. A veces, ni eso.

¿Alguien cree realmente que se puede establecer un debate con todos los padres de tus alumnos o, simplemente, con todos tus compañeros de profesión, acerca de Flipped Classroom, ABP o gamificación sin plantearte que la mayoría de ellos no tienen ni idea de qué estás hablando? No es sólo hablar de metodologías o supuestas novedades metodológicas, es ver la inexistencia de debates profundos acerca de qué y cómo enseñar en los ámbitos en los que tocaría hablar mucho de ello. Ya no sorprende pero sí que preocupa.

Son ya algunos los años que llevo naufragando entre las diferentes redes sociales. Años en los que he visto cientos de propuestas educativas, materiales maravillosos e, incluso, aquellos

vídeos edulcorados en YouTube en los que una clase se muestra totalmente afectada en positivo ante una explicación magistral. Ya, para los puristas, entiéndase magistral como activa, pasiva o lo que a uno le guste más. Miles y miles de recursos compartidos. Porrón de diseños metodológicos. Nombres variopintos y muy mediáticos de personajes que en las aulas son capaces de convertir, según lo que se lee, el pan en vino. Bueno, en un Rioja de precio aceptable en Mercadona.

¿Realmente es cierto todo lo que nos muestran las redes? ¿En serio podemos saber la profesionalidad de uno en función de lo que publica? ¿Alguien es capaz de juzgar si uno es un buen o mal docente en función de que sepa mediatizar, mejor o peor, sus manipuladas percepciones acerca de lo que supone que sucede en su aula? La verdad nunca ha estado en las redes. La verdad, o la aproximación más fiable a la misma, siempre se ha hallado en el aula porque, vender no es tan complicado si uno sabe hacerlo bien. El problema es cuando sólo vendemos aquello positivo que nos sucede, amplificamos nuestros éxitos y reducimos a la nada nuestros fracasos. Ya, seguro que si uno no hace cosas y las publica en las redes, no es buen docente. Pues vale, vamos a aceptar pulpo como animal de compañía y boquerón como sustituto de la hamburguesa del McDonald's.

Ya no es sólo cuando se habla acerca de temas políticos que podemos encontrarnos versiones totalmente opuestas de un mismo hecho. Lo anterior lo hemos trasladado a la educación. Diferentes perspectivas tomadas de forma nada objetiva acerca del aprendizaje de nuestros alumnos. Ya, queda muy bien vender lo mucho que se hace y la gran cantidad de cosas que se montan para el nuevo año pero... ¿hasta qué punto lo anterior está relacionado con una buena praxis docente? Quizás saber

usar la voz, tener estrategias de comunicación eficaces y dominar la materia puede sustituir a todos los artificios de los que algunos se ven obligados a pertrecharse cuando dan clase. Quizás, y sólo quizás, todo aquello que se nos muestra como éxito debería relativizarse. Quizás, al final, lo que sale en los medios tiene muchos peros que se omiten por necesidades obvias. Lo de encumbrar a determinados personajes como héroes de aula por haber publicado un vídeo con sus alumnos o haber sido nominados al premio superprofe, tiene muy poco que ver con lo que realmente han hecho en las aulas. Un director de cine es aclamado por sus películas porque es su trabajo. Un docente no puede jamás ser encumbrado a los altares por algo que no sea el aprendizaje de sus alumnos. No vende mucho pero es la realidad. Una realidad incómoda que no interesa publicitar. Una realidad que las redes se encargan en edulcorar para convertirla en un relato de ficción.

Trabajar en el aula es más complejo de lo que nos muestran las redes. No hay estrategias maravillosas ni, por mucho vídeo que uno se dedique a montar en agosto para sus alumnos, hay mayores posibilidades de éxito. El éxito viene de la profesionalidad y no de recursos. El éxito de un docente es quizás algo que poco se puede demostrar en las redes porque, seamos sinceros, ¿alguien se cree que uno es mejor docente por tener un blog, dar más o menos ponencias o, simplemente, escribir uno o más libros sobre educación? ¿Alguien a estas alturas de la película cree que la cantidad de amigos que tiene uno en Facebook hacen que uno pueda tener más compañía a la hora de irse a tomar una cerveza? ¿Alguien realmente se cree que nos cuentan unos u otros de determinados sucesos tiene el mínimo parecido con la realidad? Pues va a ser que no. Eso sí, siempre queda muy bien eso de las verdades absolutas porque las dicen los míos o

los tuyos. Un poquito de por favor porque no todo es tan claro y la realidad, en más ocasiones de las que nos pensamos, está muy lejos de lo que nuestro lindo pajarito pía, nuestra “caralibro” nos muestra o, simplemente, nuestro Instagram enseña después de haber pasado por numerosos filtros la foto.

Creo que al final es bueno que salgan determinados personajes a la palestra y se mediaticen aunque siempre entrecomillando qué dicen, cómo lo dicen y qué quieren decir realmente. Como mínimo sirven para que alguien que no va a acercarse a lo que se cuece en las redes pueda hablar o cuestionarse cosas relacionadas con la educación. El problema es que si se lo queda para consumo propio sirve de poco porque lo importante es compartir puntos de vista, experiencias, errores y aciertos.

Bueno, tengo muy claro que al igual que hay demasiados padres que desconocen el funcionamiento del sistema educativo al que van sus hijos y que, salvo cuestiones que les afectan personalmente (jornada continua en los centros de sus hijos, exámenes que les hacen o, simplemente, saber qué actividad de fin de curso organizan) no tienen muchas ganas de indagar más a fondo. No, no me preocupa en exceso pero sí que lo hace ver como gran parte de los profesionales que hay en las aulas, muchos excelentes profesionales, desconocen los temas educativos de los que se está hablando en esos espacios “de frikis”. Un error, a mi entender, que impide la transformación del sistema educativo en algo que verdaderamente funcione. No es estar a favor o en contra de las innovaciones o de los vendedores de humo, es querer saber qué sucede y, en función de eso, intentar aportar su opinión o granito de arena porque, para mí es tan importante la opinión de quien está en las redes que la de quien no está en ellas. Eso sí, si uno no opina o su opinión queda

restringida a contextos demasiado localizados, es como si no existiera la misma.

A pesar de lo anterior, debo reconocer una deriva en el uso de las redes sociales, especialmente en su vertiente educativa. No sé si están desapareciendo las redes educativas pero, lo que sí que tengo claro es que, su uso inicial como mecanismo de transformación educativa o de apoyo para aquellos docentes que, al margen de sus aulas se veían necesitados de buscar algo más, está en franca decadencia. No son las redes, es quizás el hartazgo que ha supuesto para algunos ver como las conversaciones desaparecen, los objetivos altruistas se modifican para intentar implantar modelos de negocio o gestiones del propio ego y, quizás, porque al final dedicar tiempo a las redes sociales se convierte, sin quererlo, en una obligación para no perder el tren de algo que, por desgracia, es tan efímero como inconsistente (y sí, me estoy refiriendo al batiburrillo educativo donde se mezclan metodologías, herramientas y cualquier otro input relacionado con la temática).

Hoy en día hay más docentes que se van que entran. No tengo los datos objetivos que me pedirán algunos amantes de la parametrización en estadísticas imprescindibles, pero, una ligera sensación, compartida con muchos de mis compañeros que aún siguen ahí, sí que se nota. No hay sangre nueva. Y la sangre que entra ya lo hace entendiendo las redes sociales como algo totalmente diferente a lo planteado en sus inicios. Objetivo básico: conseguir un gran número de seguidores y amigos desde la automatización total de todas las funciones posibles. Y esto, por desgracia, no es lo que debería ser un lugar de aprendizaje

entre iguales. Bueno, lo de entre iguales ya es algo que, por desgracia, da la sensación de haber pasado a la historia y pertenecer a una triste hemeroteca.

Buscar las causas de lo anterior se hace complicado. ¿Será quizás porque la mayoría de los docentes que catapultaron las redes como espacio de aprendizaje se han hartado? ¿Será que, quizás, hayamos decidido, de forma personal, reducir la dependencia de las mismas? O, ¿será por una migración masiva a redes más cerradas o que permitan una mayor profusión del aparentar?

Cuando los objetivos se pervierten, los actores se asustan de la transparencia o buscan contextos más controlables y, por desgracia, hay bombardeos de información irrelevante que, ni tan sólo genera una mínima satisfacción (por lo que cuesta encontrar algo entre tantos miles de tuits o publicaciones de Facebook) personal más allá de aumentar en un seguidor, falso amigo u obtener un retuit o un me gusta toca batirse en retirada del uso de las redes bajo su faceta más profesionalizadora ya que, desgraciadamente, las redes han derivado hacia espacios de verticalidad donde se ha trasladado la pirámide trófica social.

¿Desaparecen las redes educativas? A corto plazo, supongo que no. A medio y a largo plazo ya se masca la tragedia y la necesidad de, como dicen algunos, volver a los clásicos.

Una aclaración final... ya habéis visto que no me he referido a las redes educativas institucionales. ¿Sabéis por qué? Porque esas ya nacieron muertas.

Capítulo 7

Mamá, no quiero salir de mi zona de confort

¡Salid de vuestra zona de confort! Ésta es una de las frases más usadas últimamente cuando se habla de cambio educativo. Obligar a que los docentes salgan de las prácticas metodológicas en las que se sienten cómodos para probar otras estrategias (más o menos nuevas, más o menos decimonónicas), es uno de los discursos que, en boca de muchos, se convierte en una de las interpelaciones más manidas al colectivo. Pero, ¿realmente es tan malo tener una zona de confort? Por cierto, si uno se siente cómodo usando ABP, flipped classrom, gamificación u otro tipo de modas educativas, ¿También debe de salir de su zona de confort?

La verdad es que resulta curioso ver como algunos están vendiendo alegremente la necesidad de eliminar algo que funciona para lanzarse, sin ningún tipo de paracaídas, a un terreno desconocido. No creo que lo que se postula tan alegremente a nivel empresarial pueda ni deba ofrecerse, de forma totalmente acrítica y sin consideraciones previas, a otros contextos. Sinceramente, ¿alguien se imagina que un cirujano se obliga a operar con los ojos vendados por el simple hecho de que dicha venda le hace salir de la comodidad con la que lleva operando con éxito a cientos de pacientes? ¿Alguien se imagina que un arquitecto decide prescindir completamente de las reglas básicas de

la estructura de los materiales para, por su cuenta y riesgo, empezar a diseñar algo que no tiene ningún tipo de seguridad y que, por desgracia, va a tener afección directa sobre las posibilidades de derrumbe del edificio en construcción? No, no creo que nadie compre esa necesidad de salirse de la zona de confort o de potenciar que el personal lo haga porque, a veces, salir de esa zona de confort no hace que puedas encontrar otro confort. O me vais a decir que a nadie le ha pasado nunca lo de no encontrar unos pantalones que le sentaran tan bien como unos que tenía y que, a pesar de los agujeros incipientes ha seguido llevando porque le sentaban de lo más cómodo.

Uno se va a una de esas multinacionales de los muebles, sale con un lindo manual de instrucciones y se pone, dentro de su felicidad a montar el mueble como si no hubiera mañana. Acaba contento y feliz, le sobran la mitad de piezas y, al final, no hay manera de conseguir que esa pata que baila deje de hacerlo. Ha sido un hobby interesante. Han sido unos bonitos días de compartir tacos con la familia. Ha sido, por qué no decirlo, una sensación fantástica pero, ni el mueble es confortable ni la opinión generalizada sobre dicho montaje, satisfactoria. Eso sí, uno ha salido de su zona de confort, se ha ahorrado unos eurillos y ha podido auto realizarse. Bueno, mientras sea a coste de uno y no de terceros... ¿Quién va a discutirle lo anterior? Sustituid mueble por profesión y hobby por obligación laboral. Veréis que no es tan maravilloso lo anterior.

¿Es tan malo desear el bienestar y la comodidad en nuestro trabajo? ¿Debemos estar buscando en todo momento la incomodidad? En definitiva, a diferencia del resto de trabajadores, ¿Debemos los docentes mantener dentro de nuestra prioridad

laboral el estar continuamente preocupados por si en algún momento nos sentimos, con el método educativo que sea, cómodos en nuestras aulas?

Me da la sensación que el discurso del confort sirve sólo para que algunos adquieran ese confort y otros, por desgracia, se vean abocados a pasarlo mal en su trabajo. En una profesión, como la docente, es tan importante estar cómodo como pasárselo bien. Sí, no es malo buscar una zona de confort. Lo malo sería priorizar la autoflagelación permanente buscando siempre el inconveniente de lo que estamos haciendo. No hay prácticas educativas mejores ni peores, hay actuaciones de aula que llevan a un determinado grado de aprendizaje de nuestros alumnos.

¿Y los alumnos? ¿Pensamos alguna vez en ellos cuando se aboga por salir de zonas de confort? ¿Realmente nos planteamos lo que estamos haciendo con ellos cuando los sometemos a experimentos sin fin para no conseguir ninguna mejora en su aprendizaje? Uno debe tener muy poca memoria o muy selectiva para no acordarse de su época de estudiante, las estrategias “únicas y poco extrapolables” que usaba para aprenderse la lección o, simplemente, pretender que a todo el mundo le guste hacer las cosas de la misma manera. Porque el confort es encontrar eso que hace que uno se sienta bien, haga las cosas a gusto y, posiblemente, consiga poco a poco irse adaptando para que cada vez dicho confort sea más amplio.

Resulta curioso que, abogar por salir de la zona de confort del docente, deba llevar asociado aumentar la confortabilidad de nuestros alumnos. Hemos pasado del discurso centrado en el

docente al discurso centrado en el alumno. El alumno es importantísimo pero, mantener al docente satisfecho hace que su práctica educativa sea mucho mejor. No es tanto el confort como la adaptación. Y la adaptación a los alumnos, más allá de si uno está más o menos confortable con la misma, es una de las claves de la mejora educativa.

Algunos no queremos salir de nuestra zona de confort educativa. Queremos disfrutar con nuestro trabajo, tener las mejores condiciones laborales del mundo, pasarlo bien en nuestros períodos vacacionales y, todo ello, sin tener que plantearnos cada día el ir a sufrir en las aulas. Algunos, lamentablemente, no nacimos para sufrir. Nacimos para estar lo más confortables posible en la vida que hemos elegido.

Un pequeño detalle... ¿a nadie le extraña que todos esos vídeos virales y, mediatización acerca de la necesidad de salir de la zona de confort, se haya dado al mismo tiempo que la crisis del ladrillo?

Capítulo 8

Las metodologías innovadoras

Se nota un cierto tufillo a regodeo en las redes sociales, perpetrados por el sector del método innovador, en ese sector denominado educativo. Mucha Caperucita con ínfulas y mucho lobo aterrado antes cientos de cazadores titulados en la caseta de feria del pueblo de al lado. Taxidermistas de lobos lobotomizados a la caza del cliente de su producto, más o menos avalado, en unas redes llenas de negocios y negociantes. Ya no es sólo vivir de la innovación educativa, es vivir de la demonización de la misma. No sólo vende el que consume ilusiones, más o menos ilusionables, ahora ya vende hasta el chino de la esquina que vio el aula cuando fue a dejar sus hijos ahí hace unas cuantas décadas. Mucho esperpento de prácticas contrastadas, contrastables y cuestionables en el mismo paquete. La misma técnica de campeón del exabrupto para vender si uno ha matado cien lobos o miles incluso que, por ley de la probabilidad, sea todo tan ficticio como imposible. Datos de camadas inexistentes, estepas producto de un cambio climático manipulado en ambos sentidos hasta la exageración y, por qué no decirlo, fantoches de salón con afición al onanismo educativo más salvaje.

En la sociedad actual, basada más en cantamañanas y merca-chifles sin ningún tipo de cultura, que son capaces de venderse como los grandes expertos de algo desde su incapacidad de hacer la o con un canuto, hasta llegar a la subsistencia de determinadas afirmaciones falsas que sigue interesando dar por válidas a algunos, hay algo que debería preocuparnos. No, no

es sólo la validez -o más bien la poca validez- que se da a estudios científicos contrastados y contrastables realizados por investigadores independientes. Es la facilidad de dar por buenas afirmaciones de alguien en contra de lo que demuestran los estudios anteriores.

Hace bien poco hemos conocido (bueno, ya lo conocíamos pero ahora con muchas más hojas) que, por lo visto, esto de la electrosensibilidad y los peligros del wifi, es algo que tiene más que ver con cuestiones psicológicas que con realidades físicas. Enfermedades asociadas a desórdenes mentales de diferente tipo que no pueden demostrarse. Bueno, más bien que se ha demostrado que son falsas. Enfermedades que siguen vendiéndose muy bien por parte de algunos, permiten a otros estar de baja y, cómo no, montar un chiringuito vendiendo gorros de papel de plata o cactus capaces de absorber radiaciones electromagnéticas como si no hubiera un mañana. Un timo tras otro. Una industria tras otra. Un beneficiado tras otro de la falsificación de evidencias científicas. Eso sí, siempre les queda la excusa de decir que todos los investigadores están vendidos a las multinacionales de las telecomunicaciones al igual que, todos aquellos que defienden el uso de vacunas, lo están a la industria farmacéutica. Da igual que aumenten los casos de sarampión y mueran niños por no estar vacunados. Lo importante es ganar dinero con la ingenuidad del personal. Y sí, hay mucho ingenuo que se cree demasiadas cosas con el agravante, en ocasiones, de no ser personas alejadas de profesiones que exigen una cierta capacidad intelectual.

Conozco docentes que dicen que el wifi perjudica seriamente la salud. Incluso conozco a una que no vacunó a su hija por miedo a lo que podía sucederle con la vacuna. Por suerte, en

estos aspectos, son casos aislados pero, cuando trasladamos esos despropósitos a las metodologías educativas la cosa cambia. Docentes que compran métodos infalibles para luchar contra el fracaso escolar, programas de prevención del acoso escolar porque los recetan en un reality televisivo e, incluso algunos que creen que una metodología refutada incluso por su propio creador, sigue siendo válida. No, no basta con decirles que no funciona lo anterior ni darles pruebas. Ellos van a seguir creyendo en sus historias y pensando en reinventar la rueda. No, no es muy coherente que sigan haciéndolo pero... ¿Realmente pensáis que alguien que pensaba que el wifi era nocivo para la salud va a cambiar de opinión por muchas pruebas que le demuestren lo contrario? Y ahí entra el vivir en realidades paralelas y manipulaciones interesadas.

Al final conviene saber para qué sirve una metodología. Pues bien, la metodología es simplemente el plantearse la pregunta de cómo enseñamos. Cada uno de los docentes dispone de sus mecanismos y estrategias (que adaptan en función de la tipología de sus alumnos -en la mayoría de los casos-) que les permiten impartir docencia de su materia (o materias) en determinados grupos. Pero, muy pocas veces se plantea si se está usando una metodología adecuada.

De siempre es oído que “cada maestrillo tiene su librillo” y, con ello nos quedamos la mayor parte de las veces. Nuestra función es demasiado importante para dejar nada al azar y a nuestros “librillos”. Desde que la sociedad está en crisis (y no sólo económica) se está planteando la necesidad de desarrollar y, posteriormente usar, unas mejores estrategias más efectivas. Las

nuevas tecnologías, incorporadas en el día a día de nuestras aulas nos condiciona a que ello sea así y, por tanto el establecimiento de líneas de mejora externas se hace imprescindible.

Se necesita mejorar la metodología o, simplemente, empezar a descartar el adjetivo que, interesadamente, se le está otorgando (innovadora, tradicional, mágica o, simplemente, divina) mediante las típicas fases necesarias para cualquier evaluación: análisis, observación, discusión y mejora mediante evaluaciones externas. Nada que ver con estándares de evaluación o competencias inventadas por no se sabe quién para demostrar no se sabe qué.

Uno de los sistemas de mejora más económicos que existe es la observación externa de la docencia. ¿A qué me estoy refiriendo? A un proceso, realmente simple, que permitiría que otro docente (o docentes) se sentaran en nuestras aulas y observaran nuestras metodologías y el impacto que las mismas tienen en nuestros alumnos. Una vez realizada dicha observación, reunión para discutir y analizar las posibles mejoras que se podrían aplicar. Opiniones mucho más objetivas que la del propio docente, las cuales implican una mayor capacidad inherente de mejora. Mejora de métodos y, ayuda en su implementación.

Supongamos que, somos docentes interesados en la mejora de nuestra praxis que estamos vendiendo nuestra innovación educativa y, dejamos que nuestros compañeros nos asesoren abriéndoles las puertas de nuestras aulas. Pues, previamente a esa introducción en el aula, convendría hacer un análisis de la situación. ¿Quién hace dicho análisis? El profesor que decide

que quiere mejorar sus estrategias mediante observaciones externas. Se pactan horas, grupos y actividades para realizar en esos períodos de observación, junto con una elaboración de hojas de estudio de los casos concretos. ¿Es otra oposición? dirán algunos. Pues sí, es una oposición a la que nos habríamos de someter habitualmente todos los docentes.

Una vez diseñadas las estrategias de incorporación de los “auditores” externos en el aula, nos dedicamos a crear una situación lo más normalizada posible (ya sabemos que con observadores externos -caso del inspector en la evaluación de la fase de prácticas- los alumnos no se comportan igual) y, a lo largo de unas determinadas sesiones normalizamos dicha observación. Es más fácil con docentes del propio centro, conocidos por los chavales y, que les genera menor sensación de inseguridad (cosa que también agradece el docente que ha pedido dicha evaluación).

Después de la clase o clases pactadas se genera una discusión con los docentes participantes en la observación para establecer posibles líneas de mejora (siguiendo plantillas previamente elaboradas o en charla convencional) y, se toma nota de las posibilidades de mejora que se ofrecen.

Finalmente, se implementan algunas de las “recomendaciones”, observando si ese cambio metodológico sirve para mejorar nuestra experiencia docente. Si detectamos una mejora en la respuesta de aula y, una mayor satisfacción personal al finalizar nuestras clases, ello significa que la implementación va por el buen camino. En caso contrario, nuevos análisis, discusiones de la situación e implementación de nuevas estrategias.

No sé, resulta complejo y más cuando, en la actualidad, todo el mundo vende las bondades de su metodología de forma totalmente irracional.

Son ya muchos años, y más aún con la difusión tan rápida que permite internet, en los que nos vemos inundados por grandes disertaciones desde diversos púlpitos acerca de las bondades e, incluso maravillas, que nos permiten determinadas herramientas o metodologías. Mucho defensor de las TIC que habla acerca de las bondades de las mismas para mejorar el aprendizaje y, como no, grandes detractores de su uso que hablan acerca de lo nefasto que es su uso por lo que conlleva. Este curso nos hemos visto bombardeados por dos soluciones mágicas para solucionar todos los problemas educativos y, de rebote, mejorar el aprendizaje de nuestros alumnos: el modelo ABP (aprendizaje basado en proyectos) y lo que están llevando a cabo los jesuitas en algunos de sus centros (eliminando asignaturas y estableciendo un modelo educativo más global -sin tiempos ni aulas cerradas y con varios docentes interactuando a la vez-). Estrategias educativas que han dado para ríos de tinta digital amén de múltiples jornadas educativas y, algunas investigaciones sesudas realizadas mayormente desde el ámbito universitario.

No me creo nada. Sí, a estas alturas de la película, no me creo ninguna investigación educativa ni ningún resultado, más o menos objetivo, que pueda extraerse de centros donde se esté aplicando una determinada metodología. No me interesan los resultados obtenidos desde fuera del aula y, aún menos los obtenidos en centros educativos (o aulas de los centros) con alumnos filtrados previamente. Un agrupamiento homogéneo sin grupo de control no valida nada. Una investigación médica,

pongamos por ejemplo, no tiene ninguna validez sin el grupo control. ¿Alguien se imagina que se pruebe una vacuna en un grupo de personas sin establecer, dentro de las mismas, un grupo de ellas que no la reciban para establecer si la misma funciona? ¿Alguien se plantea la posibilidad de buscar una cura para el ébola sin tener en cuenta los diferentes genotipos? ¿Alguien realmente se cree que la AEMPS (*Agencia Española de Medicamentos y Productos Sanitarios*) va a ser capaz de dotar de validez a un medicamento sin haberse comprobado su utilidad y la inexistencia de efectos secundarios? Sí, seguro que algunos se lo creen pero lamento informarles de que, salvo teorías de la conspiración, eso no es así.

Esto de olvidarse del qué y del dónde para centrarse en el cómo enseñar. Se plantea el formato de clases sin conocer al alumnado y, centrándose en la metodología frente a cualquier otra cuestión. Y no, no es lo mejor para el aprendizaje de nuestros alumnos porque no hay dos clases que funcionen bien usando el mismo método. Por ello, considerar que debe hacerse de tal o cual forma sin tener en cuenta esa necesidad de adaptación es llevar a error la concepción de la profesión docente. Casi nunca podemos usar metodologías estándares ni, mucho menos planificar a fuego todo un curso creyendo que la metodología debe ser el hilo conductor del aprendizaje de nuestros alumnos ya que, si uno usa un método y se ciñe al mismo con independencia de lo que va viendo a lo largo del curso y cómo responden sus alumnos al mismo, está siendo un mal docente. Seamos claros... los alumnos no son tornillos y creer que la aplicación de normas ISO (léase metodologías) va a facilitar el aprendizaje de los mismos es estar muy equivocado porque no vale al acabar el curso decir... “es que esto no ha funcionado porque no lo he aplicado bien”. No, si no ha funcionado es

porque la has cagado usando una determinada metodología. Bueno, eso o que eres tan mal profesional que eres incapaz de darte cuenta de los errores que estás cometiendo a lo largo de los meses en los que tienes a esos alumnos.

Entiendo que algunos necesiten estandarizar sus prácticas educativas. Entiendo también que algunos estén deslumbrados por su metodología de cabecera que, basada en sus propias investigaciones, les diga que es mucho mejor que otra. El problema es que, haciendo un símil con la conducción, uno debe adaptarse al tipo de carretera que se encuentra. Un determinado tipo de conducción puede no valer en ciertos asfaltados (o senderos faltos del mismo). Eso sí, si uno se empeña en conducir de la misma manera en todo tipo de trazados y asfaltos se va a encontrar con un problema. Bueno, con más de uno.

Un buen profesional es aquel que se adapta a sus alumnos. Jamás se puede valorar como positivo que uno use un método u otro al margen del alumnado. Ya, queda muy bonito mostrar en las redes la gran cantidad de material y recursos que estás preparando para que tus alumnos aprendan un montón pero, al final, el problema que va a tener más de uno es que, si se empeña en seguir la metodología X porque cree a pies juntillas en ella, le va a suceder lo mismo que si se empeña en recitar a diario el libro de texto alternando ese recitado con la realización de los problemas que ya vienen con el solucionario.

Lo triste es ver cómo algunos siguen empeñados en plantearse la misma metodología incluso que sepan que les ha fallado en los últimos cursos. Ello demuestra la poca profesionalidad de algunos porque, lo importante nunca ha sido el cómo. Lo importante ha sido saber encontrar aquello que funciona en el

contexto y permite obtener unos buenos resultados con el qué. Aprendizajes que van a verse reducidos si uno sigue empeñado en priorizar la metodología a cualquier precio por motivos muy poco educativos.

No se trata de ser más o menos innovador y estar a la última en cuanto a metodología educativa. Se trata, y ya sé que repito la cantinela en exceso, de ser capaz de adaptarse a los alumnos que se tengan, a los recursos de que se disponga y, al final, no cegarse a ver una realidad que siempre va a enturbiar la ponencia posterior del investigador, su vídeo donde cuenta maravillas edulcoradas o, simplemente, ese ego tan pernicioso para que una metodología o manera de hacer las cosas sea lo que necesitan nuestros alumnos.

En el tintero se han quedado muchos temas de metodologías muy pseudocientíficas como el PNL, las inteligencias múltiples, los estilos de aprendizaje, hemisferios cerebrales, brain gym y un largo etcétera. Es que, como ya sabéis, estamos en plena vorágine de vendedores de productos educativos homeopáticos.

Capítulo 9

Cachivaches

La verdad es que cuando empecé en esto de la docencia, el debate acerca del uso de determinados medios tecnológicos en el aula estaba en su máximo esplendor. Cientos de docentes proponiendo, miles de horas de formación a disposición del profesorado y, cómo no, desembarco masivo de elementos electrónicos, con sus complementos, en nuestras aulas. Moodle, blogs, sociedades virtuales y, un gran campo ilusionante de posibilidades inmediatas de todo lo que nos ofrecía el paso de una red, basada en una transmisión muy lenta de datos, a algo mucho más inmediato.

Veinte años después seguimos hablando de tecnología educativa, de herramientas para gestionar el aula y, por qué no decirlo, de cambios de modelos transmisores basados en las TIC. Sí, seguimos hablando de TIC, TAC o TEP para aquellos que les guste ir avanzando entre las siglas aunque, por desgracia, las tres se basan en la misma base tecnológica aunque se intente aplicar diferente filosofía de uso. Una concepción educativa que, al final, sigue dando los mismos frutos que antaño. Eso sí, ahora con muchos más artefactos, más posibilidades de obviar la parte creativa y, permitiendo, cada vez más el calco de los copia y pega originales que han ahorrado miles de hojas de papel. No, ni tan sólo la Wikipedia ha cambiado como web de referencia de nuestros alumnos a la hora de buscar información para esos trabajos que, con mayor o menor desgana, algunos docentes plantean a sus alumnos. Al igual que da la sensación

que todas las nuevas metodologías que nos están mediatizando últimamente tienen mucho de casposo, el uso de la tecnología sigue usando los mismos modelos que llevan más de veinte años fracasando. Y erre que erre con buscar la herramienta fantástica, hablar de las bondades del asunto y, cómo no, vender la tecnología como solución a todos los problemas educativos. No lo digo yo, se deduce de cada acto que hacen algunos, proponen otros y validan terceros. Tecnología sí o sí achacando la culpa de su mala implementación a las manos que hacen dicho diseño.

Seguimos hablando de tecnología educativa en 2017 porque los docentes somos unos auténticos cafres en su uso. Seguimos hablando de tecnología en 2017 porque, al final, no es la tecnología ni lo que podemos hacer con ella ya que nos han vendido como un fin último el uso de la misma en el aula y nos lo hemos tragado sin rechistar. Seguimos hablando de tecnología en 2017 porque da mucho dinero a algunos. Seguimos, lamentablemente, hablando de cuestiones que al final se demuestran que son sólo una cortina de humo para no plantearse que hay cosas más importantes.

Eso sí, no debemos obviar que cuando hablamos de cachivaches siempre debiéramos plantearnos qué herramienta usar. Algo que debería depender de la economía ya que, no olvidemos que la opción tecnológica encarece a priori cualquier desembarco y, a veces, las condiciones del contexto nos marcaran qué elección hacer para obtener la máxima eficiencia de la misma en efectos de uso y aprendizajes. Tampoco no olvidemos poner como factor también a cuestionar la etapa a la cual irá dirigida esa adquisición de cacharros. No es lo mismo edades tempranas que los últimos curso de la ESO. Ni la FP o el

Bachillerato. Y ya no hablemos del ámbito universitario y del objetivo de consumo o creación de contenidos.

Son los únicos factores que limitan la elección. Más allá de los anteriores, que siempre dependen del alumno y sus familias, cualquier otra decisión supeditada a los docentes e, incluso a las estrategias de marketing que tenga el centro educativo, son totalmente falsos. Vender el uso de tecnología para tener a los padres contentos es un error. La tecnología siempre debe estar enfocada al alumno. Siempre.

Eso sí, hoy en día cuando la tendencia de lo cool (perdonadme el anglicismo, aunque lo haya usado reiteradamente en capítulos anteriores) es la tendencia de compra masiva de tabletas o, para contextos sin tantos problemas socioeconómicos, específicamente las de la manzanita conviene tener en cuenta algunos detalles que parten de una premisa interesante. ¿Por qué plantearse la compra de una tableta para ser usada en el ámbito educativo cuando la Educación siempre debe ser planteada como la producción de personas autónomas, que se sientan a gusto con la tecnología, puedan reunir habilidades en su uso y obtener, de forma ubicua, el máximo provecho de ella? ¿No es una elección un poco extraña la opción de decantarse por la compra de una tableta? ¿Cuáles son los principales motivos para desistir de su compra y posterior uso masivo por parte de los alumnos?

- **A nivel de escritura.** Una de las principales habilidades que los alumnos deben aprender es la de la escritura. Una habilidad que se fragua “escribiendo”. Los alumnos deben escribir mucho y, es por ello que, para esta opción, deberíamos descartar completamente las tabletas (aunque a algunas podamos añadirles un teclado como

periférico -otro gasto más, otro peso más a añadir a la mochila-). Las pantallas táctiles son torpes para la escritura, muchas tasas de error y un sistema que, por mucho que cada vez se sea más “digital” sigue estando a años luz del teclado de toda la vida. ¿Es posible plantearse un aprendizaje de la escritura con un dispositivo tan hostil para ello? ¿Es posible plantear la compra de estos dispositivos cuando, en la necesidad de una de las habilidades principales del alumno, falla estrepitosamente?

- **El trabajo creativo.** Las tabletas se han diseñado principalmente para consumo de contenidos, mientras que los portátiles (dentro de los que incluimos los netbooks) son ambivalentes (permiten tanto el consumo de contenidos como su creación). El hecho de que las cosas se vean bien en una tableta no significa que sean fáciles de hacer con la misma. Intentemos utilizar programas de retoque de imágenes (para un uso más allá de poner una careta o cambiar el fondo de color) con una tableta... los resultados pueden dejar mucho que desear. Las tabletas permiten sólo el trabajo creativo con elementos preintegrados, pero no permite realmente “crear”. Y olvidarnos de la creación para centrarnos en el trabajo con elementos ya creados es un grave error.
- **Programación.** La programación es una de las habilidades que muchos creemos que se deben introducir en los centros educativos. ¿Alguien se plantea aprender a programar con una tableta? ¿Alguien se plantea elaborar códigos con un dispositivo tan limitado? ¿Alguien se plantea la posibilidad de gestionar esas maravillosas líneas de programación con un dispositivo cuyo uso, por muchas apps que surjan, no está preparado para ello?

¿Alguien conoce de algún centro de trabajo de programación donde se usen tabletas más allá de ver cómo queda el producto final elaborado por un ordenador de sobremesa con una pantalla de más de 21 pulgadas?

- **Falta de formación del profesorado.** El profesorado no está habituado a trabajar con netbooks (ya llevamos unos añitos y, la mayoría, o bien ignora esos dispositivos o bien usa PowerPoints o libros digitales de alguna editorial). Si el profesorado no está habituado a trabajar con netbooks, ¿Cómo plantearle el uso de tabletas? ¿Vendemos tabletas por lo maravillosas que son? ¿Les decimos que van a seguir haciendo lo mismo con un dispositivo visualmente más atractivo? ¿Les vendemos un producto, mucho más caro, con unos resultados que no mejoran y con una potencialidad menor que las netbooks que ya tienen y que no usan? A propósito, seguro que hay una minoría que saben usar iBooks Author u otras aplicaciones en Android para crear sus contenidos pero implementar un desembarco de miles de tabletas para que sólo el “friki” de turno explote las potencialidades es muy triste. Más aún cuando repercute en el bolsillo de los padres (unos padres cada vez más hastiados de los desembolsos en cosas inútiles -libros que no usan, netbooks no subvencionados que se quedan en casa, etc.- y que, por suerte, son más coherentes que la Administración educativa y se niegan a la implantación de tabletas en el aula por no verles una utilidad real).
- **Caro y difícil de reparar.** Las tabletas, salvo excepciones, son muchísimo más caras (a nivel de compras y reparaciones) que los netbooks. Son muy difíciles de gestionar a nivel de periféricos externos (reto a alguien

que haya querido conectar impresoras u otros dispositivos -bastante más complicado que con otro tipo de dispositivo tecnológico-). Son menos robustas que los netbooks (me imagino en mi centro con tabletas a los alumnos de primeros cursos de la ESO y la manera de “tratarlas” -seguro que habría decenas de tabletas rotas a diario-). Los costes finales (a todos los niveles) son infinitamente más caros que los dispositivos actuales y, cuando hablamos del tiempo de reparación, el mismo se amplía a tiempos insostenibles para tener el alumno sin su dispositivo.

Es decir que, más allá de las charlas a alto nivel donde se plantea el uso de las tabletas en los centros educativos (charlas donde, por cierto, casi no hay ningún docente que de clase en el aula y menos aún en contextos desfavorecidos) e intereses de determinadas compañías por repartirse el pastel del uso de tecnología educativa, la realidad es que no existe ningún proyecto bien planificado sobre su uso y que, en los escasos centros donde se están llevando a cabo estas iniciativas, se hacen con un grupo de pilotaje muy pequeño, dirigido por un docente con unas determinadas capacidades tecnológicas (no habituales en la mayoría) y, destinado a una determinada tipología de alumnos. Más allá de ello, hay cientos de razones para no repartir tabletas de forma de masiva en nuestras aulas.

Creer en la necesidad de conectividad y plantearse las posibilidades de ese desembarco tecnológico hace aún más desagradable la sensación de que algo está fallando. Y no creo que la culpa la tengamos los miles de docentes que las usamos y planeamos actividades mediadas por esos cacharros. Creo que la culpa es que nos hemos planteado una concepción errónea de

la tecnología porque, ni es sustento pedagógico ni se debería plantear como herramienta educativa. La tecnología debería ser, simple y llanamente, un mecanismo para el acceso a información porque, a nivel de creatividad, gestión o similares, donde esté un buen conjunto de herramientas analógicas, que permiten hacer lo anterior más fácil y que depende más de las capacidades/habilidades del alumno o del docente, sobran los fuegos de artificio.

Creo que no es cuestión de distribuir más o menos equipos en los centros educativos. Ni tan sólo de dotar a todos los centros educativos por igual. Se debe ir a los centros. Convocar a los Claustros y Consejos Escolares para plantearles qué intenciones tienen en sus centros en relación con las TIC porque, para dotar indiscriminadamente de PDI, tabletas o equipos ligeros (lo de los equipos ligeros que no funcionan ni para atrás porque no lo saben gestionar los centros ya es de traca) con un determinado software que no usa nadie fuera de los centros educativos (me refiero a determinadas distribuciones libres) no me parece que sea la mejor opción.

Usar las TIC no es disponer de aulas multimedia para dedicarse exclusivamente a ver vídeos. Tampoco consiste en tener un aula muy bien dotada cuyo uso, más allá de días muy puntuales, es totalmente nulo. Usar las TIC tampoco consiste en cambiar el formato de libro de texto por un formato digital. Y, por desgracia, si no se entiende lo anterior, cualquier dotación en tecnología sobra.

Me da la sensación que, al igual que en muchas otras cosas en educación, nos hemos dejado llevar por las olas sin plantearnos, ni tan sólo si era bueno que nos llevaran a un determinado lugar

porque, al final, ¿qué ha cambiado realmente en veinte años de boom tecnológico en nuestras aulas más allá de poder mediatizarlas un poco más? ¿Ha mejorado el aprendizaje de nuestros alumnos? ¿Ha facilitado nuestro trabajo? ¿Ha valido la pena la inversión a la vista de los resultados obtenidos? Y no, no me vale decir, tal y como diría yo si me preguntaran, que la tecnología es imprescindible en las aulas o que la culpa es que no sabemos bien qué hacer con ella. No, el debate es algo más complejo que lo anterior. Muchísimo más.

Estamos en un período de *impasse*. En una situación difícil por la gran cantidad de elementos tecnológicos que están entrando masivamente en nuestras vidas (y, por qué no, en nuestro trabajo) y que, mal llevada, puede dar lugar a un callejón sin salida. Una situación que hemos de procurar evitar por los perjuicios que dicha situación provocaría en todo el ámbito educativo.

Conviene centrar un poco el discurso. Poner los puntos sobre las íes en la tecnología educativa e intentar que la misma no se convierta en el objetivo final del aprendizaje. Intentar exprimir al máximo sus potencialidades sin que todo el discurso gire alrededor de las mismas. No es tanto cuestión de tabletas o net-books. Ni de herramientas más o menos bonitas para poder ser usadas con nuestros alumnos. Herramientas que, por cierto y en la mayoría de casos, van a acabar olvidadas en un cajón al poco tiempo por haber salido alguna que reemplace e incrementa las prestaciones de las anteriores. Algo inevitable en un mercado tecnológico donde los avances se producen cada minuto que pasa. Algo a lo cual no hemos de sucumbir por llevarnos a una deriva de nuestra faceta docente. Una deriva errática en busca de la herramienta en lugar de plantearse el uso de la misma por necesidad. Una deriva donde la herramienta se

magnífica. Una deriva donde la tecnología es el núcleo del discurso educativo.

Por tanto, ¿debemos renunciar a implementar nueva tecnología (aparatos o herramientas) en el aula? ¿Debemos conformarnos con lo que ya usamos y resistirnos al avance imparable de la misma? Conviene meditar. Analizar si la metodología necesita esos grandes avances. Si los mismos van a ser positivos para los chavales. Si usar la herramienta más novedosa aporta valor añadido. Si el tiempo empleado en su aprendizaje y posterior uso en el aula ofrece un impacto positivo.

Debemos abandonar el discurso más habitual de la tecnología educativa para centrarnos en resolver los problemas puntuales en el aula. Debemos ver qué herramienta nos puede ayudar en nuestro día a día. Debemos usar aquella que facilite nuestra labor y mejore los resultados de los alumnos. Debemos centrar el discurso en lo anterior. Un discurso que fácilmente queda cubierto por cuatro herramientas. Por cuatro herramientas y mucho sentido común en la metodología.

Usar un blog de aula, herramientas ofimáticas, algún servicio para subir presentaciones online, gestionar YouTube, dominar el correo electrónico y conocer el uso de la plataforma de formación -normalmente Moodle- que tenga implementada nuestro centro es garantía de éxito. Ir más allá de ello sin estar seguros de la mejora que dicha herramienta va a representar en nuestra tarea docente puede ser contraproducente. Se ha de ir a lo fácil. A lo efectivo más que a lo efectista.

Hay aparatos y herramientas maravillosos. Con enormes potencialidades. Que bien exprimidos pueden hacer mucho para

la mejora educativa pero... ¿es realmente necesaria esa inversión de tiempo y dinero que supone su implementación y aprendizaje? ¿Da un diferencial al aprendizaje de los alumnos que haga que el coste añadido de su uso valga la pena?

Conviene centrarse. Pensar en qué y cómo vamos a gestionar el aula. Usar lo fácil. No olvidemos nunca que la tecnología sólo es algo que ha de servir para mejorar la tarea para la cual la vamos a utilizar. Eso sí, se ha de reconocer que la tecnología educativa ha venido para quedarse.

Capítulo 10

El método revolucionario para hacer paellas

Vaya título de capítulo chorra pensaréis. Ya, son los ramalazos que uno tiene cuando, acostumbrado a las maravillosas paellas de la suegra, se plantea empezar a escribir sobre determinadas cuestiones muy relacionadas con la innovación educativa. En este caso creo que queda bastante claro a qué vamos a dedicar el capítulo... Sí, no hace falta que levantéis todos los que lo estáis leyendo la mano y subáis una foto a vuestra cuenta de Instagram. Me vale con que algunos lo sepáis, otros lo intuyáis y, para aquellos que aún no lo habéis relacionado con ninguna metodología innovadora, os informo que va sobre el ABP. Aprendizaje Basado en Proyectos. Esa gran innovación del siglo XXI que no consiste en hacer proyectos en el aula y sí en hacerlos de una determinada manera.

Debo reconocer mi confusión en relacionar proyectos y aprendizaje basado en los mismos. La realización de proyectos y el ABP tiene bien poco en común. Para clarificar los conceptos, puede ser interesante comentar las diferencias que, seguro algún gurú del concepto, os puede haber espetado en alguna de esas formaciones, ponencias o TED Talk tan maravillosas que pueblan nuestros escenarios educativos.

A ver si os pongo en situación.

Si lo hacemos en casa estamos haciendo un proyecto, no estamos aprendiendo basándonos en proyectos. El típico trabajo que nos mandan para casa, curiosamente para no mandarnos deberes, obliga siempre a que los padres se pongan a hacer ese maravilloso proyecto que algún docente que, presumiblemente va a irse de cañas al finalizar su jornada laboral, ha mandado. Volcanes, pósteres e, incluso, proyectos digitales tienen cabida en el imaginario popular. No, por lo visto no van a aprender nada los chavales y se trata sólo de un proyecto. Supongo que ver cómo lo mandan en una simple hoja también debería ser sospechoso. Una manera de hacer currar a las familias que, por desgracia, sólo permite poner la nota al alumno aunque debiera repartirse entre todos los progenitores que se lo han currado. Padres que se enfadan porque su hijo ha sacado una mala nota en esa figura de plastilina que, con tanto cariño, ha hecho la mamá o el papá del interfecto. Bueno, es lo que tiene el sobreproteccionismo actual. Algo también muy innovador. Más aún cuando se relaciona con los grupos de WhatsApp en los que ponen a caldo al docente de turno y preparan aquelarres o compran muñecos vudú a ver si se coge una baja.

Nada, unos otorgan relevancia al proyecto y otros al proceso. Proceso que, para ser considerado ABP, debe ser evaluado con una complicadísima rúbrica. Rúbricas que, desde siempre han sido mis grandes enemigas de la evaluación. Para mí las rúbricas son un auténtico coñazo. Tener que taxonomizarlo todo para que quepa en unas rúbricas de cada vez mayor volumen y con más cantidad de ítems a evaluar, es multiplicar hasta el infinito la inoperancia del modelo de evaluación

Las rúbricas no son más que elevar la burocracia de la evaluación hasta el infinito y más allá. Más allá de la bondad que haya

tras las mismas a nivel de las personas que las usan, son un método que lo único que hace es potenciar la microscopización de la evaluación para, supuestamente, poder llegar a medir la mínima desviación de los alumnos sobre lo que se les exige. No hacemos una evaluación de aprendizajes. Hacemos una burocratización de los mismos mediante una suma en muchas ocasiones numérica (¡ojo al dato!) de determinados valores que aleatoriamente (sí, las rúbricas aumentan la subjetividad hasta extremos insospechados) hemos asignado una ponderación X en unas tablas cada vez más largas e incontrolables.

La evaluación de aprendizajes no puede pasar por complicar la típica evaluación de Excel en porcentajes porque, para complicar lo anterior y seguir midiendo ítems que, por mucha voluntad que pongamos, van a ser totalmente subjetivos no estaremos avanzando. La mejor evaluación es aquella que mide estados iniciales y finales de aprendizajes. Estados que, difícilmente (por no poner imposible) pueden ser evaluados con rúbricas diseñadas por terceros, adaptadas por el docente de aula e ininteligibles para los alumnos. Para eso, a ojímetro. Algo que, seguramente, será mucho más efectivo y real que el típico número que nos dan las hojas de cálculo, las ponderaciones de las rúbricas o cualquier otro instrumento que algunos consideran el maná de la evaluación.

Hace falta tener muy poco sentido común para complicar la evaluación mediante aumento de burocratización de la misma. Porque el aprendizaje es lo que se da en el aula, no lo que intentamos cuantificar con instrumentos cada vez más complicados y farragosos de gestionar.

Pero ya veis que me voy por las ramas como sucede habitualmente y esto, en algo tan serio como un libro no debería permitirse. Bueno, a menos que quien lo escriba sea alguien a quien le apetece mezclar lo serio con lo humorístico ya que, por lo visto, o uno se ríe cuando habla de educación y ve qué está amparándose bajo el concepto de innovación o, simplemente, se acaba deprimiendo y engancho al Prozac. Sigamos con los nuestro...

El tema del ABP me genera muchas dudas porque he sufrido - y algunos siguen sufriendo en algunas Comunidades Autónomas- un concepto denominado Crédito de Síntesis. Una amalgama de actividades alrededor de un tema concreto que duraba una semana que decepcionaba aún más cada curso que pasaba y, como no, la confusión que observo en demasiadas ocasiones al confundir un “aprendizaje que se base en proyectos” con “ir haciendo proyectos”. Una confusión que convierte en un fracaso cualquier intento que se haga de apoyar, al menos en los centros que conozco, el aprendizaje en proyectos transversales. Proyectos que, como su nombre indica, tendrían poco de “actividades de aula de una materia concreta” y mucho “de actividad de investigación donde intervendría todo el mundo”. Proyectos que implicarían mucho trabajo por parte de los docentes que lo diseñaran y, que a su vez, exigirían un grandísimo esfuerzo de los chavales.

Por tanto ya vemos el primer problema. La coordinación docente. La incapacidad de gestionar/unificar a los Departamentos para ir todos a una. Sí, es muy complejo el articular este tipo de metodología por disponer de docentes demasiado heterogéneos. Porque, sólo con que alguien se caiga del guion, el proyecto pierde todo su sentido.

El segundo problema también es importante... ¿Hacemos un único proyecto por curso o permitimos proyectos intercurso? ¿Es obligatorio que un alumno/grupo de alumnos se acoja a un proyecto determinado porque es el que toca hacer en tal curso o flexibilizamos por necesidades/capacidades/ganas para que los alumnos escojan trabajar en función de lo que consideremos sea mejor para ellos (contando, eso sí, con su opinión)? ¿Nos cargamos los cursos? ¿Qué pasaría si los proyectos se hacen atemporales manteniendo, simplemente, posibilidades múltiples de enlazarse unos con otros? ¿Qué pasaría si dentro de los mismos proyectos generamos subproyectos? Muy bonito pero, ¿qué centro está dispuesto a ese trabajazo? Y, más aún con la presión, cada vez más importante, de la administración con sus pruebas externas. Porque trabajar por proyectos significa no trabajar para las Competencias Básicas o las Pruebas Diagnóstico.

Otro gran problema es la evaluación. Sí, nuestro modelo de boletín de notas obliga a poner notas de las asignaturas y, uno de los motivos para establecer esta metodología es favorecer un aprendizaje global. A ver quién es el guapo que les explica a los padres cómo van a ser evaluados sus hijos y, como no, el diseño que se ha establecido de su aprendizaje. Porque los padres tienen mucho que decir. Al menos, como mínimo, tienen todo el derecho a ser consultados y a aprobar este modelo de trabajo por proyectos.

Bueno, tampoco ayudan los innovadores defensores del ABP con su visión talibánista del asunto. Innovadores que, amparados por el Ministerio de Educación o por alguna de las administraciones variopintas que pululan por el territorio, han decidido qué considerar ABP y qué no. Sí, ahora resulta que

alguien que empieza a hacer cosas diferentes en su aula tiene un vademécum que le informa acerca de lo que está haciendo. Sexando al pollo de una manera parametrizada. Sí, vamos a decir que no nos gustan las evaluaciones tipo test que pretende el Ministerio de Educación pero vamos a ponernos a favor de complicar los temas. Porque asignar siglas es complicado. Marcar prácticas o tejer un entramado entre algunos “expertos” para decidir qué es y qué no es una determinada actuación en el aula lo único que hace es desincentivar a que muchos docentes se pongan a cambiar las cosas. ¿Es importante guiar en las prácticas educativas? Sí, pero es mucho más importante animar a que los docentes se tiren a la piscina. Y si la piscina sólo está abierta unas horas concretas, exige un gorro de baño de un color determinado o necesita un especialista que diga quién está preparado para nadar en la misma... Va a desanimar a más de uno.

Odio a los puristas. Odio a los talibanes que deciden los límites de su tribu y sólo admiten a determinados miembros. Me causa alergia la lectura de prospectos de uso de prácticas educativas que dejan poco margen a la improvisación. Me preocupa que, en demasiadas ocasiones, ser talibán provoque el efecto contrario de lo que se pretende. Porque, seamos sinceros, ¿alguien cree realmente que un docente va a hacer cosas diferentes cuando le dicen que debe hacerlas de una determinada manera? ¿Alguien considera que un docente no está capacitado para adaptar la metodología que más le interese a su aula? ¿A algún alumno o docente le preocupa realmente que las actividades o proyectos que esté realizando con sus alumnos sean ABP u otra cosa? A mí me preocupa poco que me pongan un sello certificando que lo que hago se engloba dentro de ABP. A mí, como a la mayoría de docentes, lo que realmente nos preocupa es que

las actividades que llevemos a cabo en el aula tengan algún sentido y sirvan para algo a nuestros alumnos. Lo de las siglas, sinceramente, nos la trae bastante al paio.

Por cierto, a qué venía lo de la paella. Pues a que me importa tres pepinos como se haga pero que salga buena. Y lo de buena siempre va a depender del producto, del cocinero y de los gustos de cada uno ya que para gustos sobran los colores. La revolución en la paella llega en el momento en que uno se plantea el objetivo final del asunto y se deja de poner chorizo o regular al minuto las horas de cocción. Ni las paellas ni los alumnos son estandarizables por mucho que algunos lo pretendan.

Capítulo 11

Neuropapanatismo y otras neuras

La neuroeducación es una nueva visión de la enseñanza basada en el cerebro. Es una visión que ha nacido al amparo de esa revolución cultural que ha venido en llamarse neurocultura. La neuroeducación aprovecha los conocimientos sobre cómo funciona el cerebro integrados con la psicología, la sociología y la medicina, en un intento de mejorar y potenciar tanto los procesos de aprendizaje y memoria de los estudiantes, como los de enseñanza por parte de los profesores

No soy quién para oponerme a la necesidad de justificar el aprendizaje con cambios en la estructura cerebral pero, me gustaría antes de posicionarme a favor o en contra de una determinada teoría que intenta delimitar cuestiones pedagógicas a emociones y a determinadas reacciones que pueden darse estructuralmente en el cerebro cuando un alumno resuelve bien o mal un problema matemático, analizar fríamente determinadas cuestiones que se dan en el caso de la neuroeducación. Y sí, no hay sólo defensores de la neuroeducación, también hay otros que cuestionan sus limitaciones e, incluso, hablan sin tapujos acerca de cuestiones económicas de números mareantes que pueden hallarse tras la irrupción de esta relación entre la plasticidad del cerebro, el aprendizaje y, cómo no, el aprovechamiento de estas supuestas características para conseguir alumnos que aprendan más y mejor.

En primer lugar convendría analizar quién está detrás del auge de la neuroeducación. Bueno, más bien analizar por qué en la actualidad se están destinando billones de dólares y euros, procedente de capitales públicos, al estudio neuronal y cómo, tras dichas inversiones, están apareciendo conceptos transversales de neuroeconomía, neuroética, neuromarketing, neuroestética o neuroeducación entre otros. ¿Será que lo “neuro” vende? ¿Estará realmente toda la neuronitis actual basada en conocimiento científico? ¿Es realmente posible matematizar lo que sucede en el cerebro para ser aplicado en todos los ámbitos de nuestra vida? ¿Hasta qué punto un conjunto de relaciones neuronales puede definir el comportamiento humano o permitir establecer estrategias para modificarlo?

Es lógico que los docentes nos vendamos a la neuroeducación. ¿A quién no le gusta saber qué estrategia educativa, avalada científicamente, va a dar los mejores resultados con nuestros alumnos? ¿A quién no le gusta justificar su praxis docente con estudios científicos y achacar las culpas de lo que no funciona en las aulas a que las estrategias educativas no están basadas en lo que, supuestamente, debería hacerse? Un interés docente que se expande cada día que pasa (sólo hace falta ver los millones de resultados en internet que aparecen al buscar neuroeducación y la gran cantidad de aparatos y estrategias educativas que se basan en dicho concepto). Un interés muy relacionado con la capacidad neuronal de nuestros alumnos, la cantidad de cerebro que realmente utilizamos y sí hay diferencias estructurales en los cerebros en función del sexo o, incluso, plantear la posibilidad de que tenga más éxito académico un alumno diestro que uno zurdo porque, según la distribución de su cerebro, hay una mayor activación de determinadas partes del mismo. De-

terminismo genético que, por desgracia, deja muy poco al ambiente cuando, por desgracia, lo que los docentes de aula observamos son unos rendimientos académicos y avances en los aprendizajes muy relacionados con cuestiones socioculturales u otros factores externos a lo que es la Escuela.

Da la sensación que es llevar un paso más allá el maravilloso cociente intelectual (que se ha demostrado falso para el aprendizaje, si consideramos como tal las notas académicas) para delimitar un futuro que va mucho más allá de lo anterior y que permitiría establecer relaciones entre el hipocampo de la amígdala y los estilos de aprendizaje más efectivos en un grupo de alumnos. Lo sé, no hay hipocampo en la amígdala y son dos zonas diferentes pero, puestos a fabular sobre ciertas cuestiones, uno es libre de subirse al carro.

Conseguir demostrar que los alumnos de niveles socioculturales más desfavorecidos mediante análisis neuronales quizás pueda interesar a más de uno pero, por desgracia, establecer la necesidad de terapia cognitiva para mejorar su capacidad intelectual obvia la situación real: las fuerzas económicas que llevan a parte de la sociedad a la pobreza y les impiden salir de ella.

Cada vez que oigo el término neuroeducación me planteo lo felices que estarían Hitler o los defensores del apartheid si hubieran tenido tal plantel de expertos en el tema como los que tenemos en la actualidad. Personajes, en muchos casos, sin ninguna formación en medicina o psicología que se permiten, alegremente, inferir determinadas acciones a ejecutar con los chavales en función de su configuración cerebral. Bueno, más bien según la extrapolación de datos clínicos que ellos no saben obtener para formular determinadas afirmaciones que, da la

sensación, que más que permitir mejorar el sistema educativo lo único que hacen es permitir que algunos salgan en los medios, otros vendan libros y, por desgracia, muchos otros compren afirmaciones que, ni son ciertas ni tienen ninguna base científica. No, la neuroeducación que nos venden muchos en la actualidad, no deja de ser un neuromito interesado, con muy pocas horas de vuelo y con numerosos estudios científicos que hablan acerca de la prudencia de afirmar ciertas cosas por estudios incipientes que, a veces, se demuestran que están mal realizados.

No se debe tampoco obviar la confusión que, en muchos artículos que hablan sobre neuroeducación, se da entre enseñanza y aprendizaje. Ni tampoco debemos obviar la instrumentalización que propugna la neuroeducación para establecer instrumentos de enseñanza que se centran en el cerebro y no en el niño o estudiante. La neuroeducación, por desgracia, obvia el hecho de que tanto enseñanza como aprendizaje no son actividades atemporales ni aisladas, sino que en su misma esencia están muy relacionadas con el ambiente en el que se mueven esos alumnos. Un ambiente que, al final y según la experiencia empírica de los docentes, es mucho más importante que cualquier conexión que pueda establecerse a nivel cerebral (salvo casos de problemas cerebrales severos -y ya estaríamos hablando de otra cosa-) en nuestros alumnos.

Por desgracia, al igual que sucede en todo ese boom mediático de todo lo relacionado con lo “neuro”, nos encontramos con algo que no deberíamos. En principio, un profesional que se dedique a la neurociencia ha de dedicar miles de horas a su formación. No, no cuela que sean maestros o pedagogos de Universidad, amén de filósofos y otro tipo de currículums que

ahora se han apuntado a la moda, los que estén ofreciendo formación sobre el tema. Menos aún que sean considerados expertos en un tema cuando ni tan sólo saben interpretar determinados mapeos mentales o entender ciertas palabras técnicas. Ya, todos sabemos que el mercado manda pero, ¿Es necesario venderse o vender tantas falsedades y desinformaciones, cuando estamos hablando de algo muy serio? Sí, pretender que según la configuración del cerebro uno aprende más o menos es digno de Mengele en sus mejores épocas y, como he dicho anteriormente, totalmente perverso. Ya tardan en sacar el estudio que dice que no es el contexto socio-económico de las familias el que influye en el aprendizaje y sí la predisposición genética. Qué demonios, me parece que ya lo he oído en alguna ocasión. Algo que me hace reiterarme en la felicidad que hubieran tenido determinados supremacistas raciales al ver que algunos les montan un discurso a medida. Falso, pero a medida. Un postulado que se denomina darwinismo social y que, como curiosidad, comentar que el primo de Darwin fue uno de sus instigadores

Son miríadas la cantidad de cursos que se montan sobre el tema. Cursos difundidos por los medios y por determinados docentes en las redes sociales. Preocupante por muchos motivos. Entre ellos el nivel de los expertos que van a dar ponencias. Sí, catedráticos universitarios de Ética, filósofos y escritores de libros, famosos coach sin formación conocida y, en ocasiones para la guinda del pastel, mentalistas y magos, que combinan la psicología, el ilusionismo, el management y las dotes comunicativas. Planteles nada despreciables de “expertos” en el tema que seguro que aportan las últimas novedades en neurociencia a los asistentes. También tenemos como expertos

en el tema a aquellos que saben de todo, hablan sobre todo y pontifican sobre lo que le interese en cada momento.

Se podría seguir con los perfiles de algunos docentes en sus redes favoritas que dicen que son expertos en neuroeducación, tipos que escriben libros sin ni tan sólo un título universitario de entidad que avale ninguna de sus afirmaciones sobre la configuración del cerebro y, por desgracia, creadores de inteligencias múltiples que no soportan un mínimo estudio serio, expertos en emociones en el aula que dan cursos en sus blogs sobre el tema o, se regodean al ver cómo les creen las chorradas que cuentan en cada una de sus actuaciones y, muchos otros farsantes que son aplaudidos por cientos de docentes y padres. Nada, la verdad es que, de tanto psicopedagogo o coach experto en neuroeducación, ya he perdido la cuenta.

Lo único que puedo decir desde este humilde libro sin pretensiones es que, por favor, antes de validar una información sobre temas tan mediáticos, os fijéis atentamente en quién os lo está vendiendo. Y con Google lo anterior es muy, pero que muy fácil porque todos esos “expertos” tienen maravillosos perfiles en todas las redes sociales plagados de fotografías de eventos en los que han intervenido, amén de una falta de currículum muy importante sobre el tema. Hacedme caso. Si no es por vosotros, por el futuro de los chavales sometidos a determinadas barbaridades en función de determinadas afirmaciones más falsas que un euro de chocolate.

Realmente la neuroeducación es algo demasiado complejo para, de una forma tan absoluta como algunos están haciendo, abrazar sus postulados como si el aprendizaje fuera posible de

ser controlado y parametrizado mediante el uso de determinadas pruebas médicas.

Capítulo 12

Hacer el pino me marea

No hay nada nuevo bajo el sol y, como sucede habitualmente, lo de la Flipped Classroom (o clase invertida en el castizo más puro), no es nada nuevo. Bueno, hoy en día se ha incorporado la parte tecnológica a aquellas prácticas que algunos ya hacían en el pasado. Sí, lo de las modas o “nuevas” metodologías tiene mucho de pátina moderna pero, al final, es simplemente cambiar el concepto por uno más innovador cambiando las herramientas que, presumiblemente, va a tener mayor cuota de mercado.

Pero vayamos al concepto. A la palabreja. A invertir el aula. A usar el aula para hacer lo contrario de lo que se está haciendo. Restringir la parte más teórica y de clase magistral a los domicilios de los chavales. Convertir el aula en un ágora de reflexión, discusión y trabajo grupal. Una asamblea donde todos, dentro de sus posibilidades, realizan un aprendizaje cooperativo y estructurado dentro de su falta de estructura.

Resulta simpático el concepto. Más aún las falsas premisas acerca del “saber trabajar” de los alumnos. Me encanta ver como reducen el aprendizaje a la supuestas ganas que le ponen los alumnos a trabajar en sus casas. Sería encender el ordenador y empezar a aprender como locos con los recursos que se les suministra. Qué idilio educativo. Qué espíritu tan trabajador de unos chavales cuya máxima aspiración es el “aprendizaje”. Bobadas. Sí, he dicho bobadas.

Se ha de ser muy bobo si se conoce algo del sistema educativo para pretender que el mismo sistema que subyacía detrás de aquellos cursos de Planeta Agostini que, supuestamente, debían capacitar a todos en un idioma extranjero sumándole una cierta presencialidad (hacer cosas “guays” en el aula) van a romper con las dinámicas tradicionales. Más aún cuando lo que se vende es otra dinámica tradicional basada en premisas tan falsas como la anterior. Que no, que los alumnos no estudian de motu proprio (y, aún menos, en etapas de escolarización obligatoria).

“Mamá, papá, en mi cole el profesor me ha dicho que a partir de ahora vamos a hacer flipped classroom. No tengo muy claro qué es ya que me dice que vamos a dejarnos de dar clases para aprender con sus explicaciones acerca de algo que hayamos visto en vídeo. Mamá, papá, ya no tenéis excusa para prohibirme el ordenador. Que ahora sí que lo voy a petar viendo un montón de vídeos que me permitirán aprender. Esto es superguay”.

La anterior podría ser una charla bastante aproximada de chavales que llegan a sus casas desconcertados por la propuesta de su docente y que, más allá de una justificación exhaustiva (si ni tan sólo en muchas ocasiones el docente lo tiene claro), hablan acerca de cómo van a trabajar ese curso (o en algunos momentos determinados del mismo). Algo que les descoloca y, como no, a sus padres.

Para entrar un poco más en el tema tan “apasionante” de la flipped classrom (o clase invertida -algunos ya estamos cansados de anglicismos y, más aún, con la nueva versión de la RAE de su diccionario) conviene destacar que es un modelo que, mayoritariamente, se usa para invertir el trabajo de aula y el de

clase. Normalmente, lo que se hace es un modelo tradicional. Un modelo que consiste en que los alumnos ven un vídeo de la lección y la aprenden en casa, mientras que en el aula se ayuda a resolver las dudas que les pueda haber presentado la visualización anterior.

La mayoría de docentes se quedan con el modelo anterior pero hay algunos que optan por un modelo avanzado. Un modelo que permite ir avanzando al estudiante a su ritmo y que, más allá de invertir el aula (mediante el estudio en casa y la solución de dudas en el aula), permite a los alumnos personalizar su propio aprendizaje. ¿Cómo se hace lo anterior? Pues simplemente poniendo unos objetivos mínimos, normalmente evaluables mediante diferentes tipos de prueba, que permiten ir al estudiante, una vez superado el 80% de lo anterior (sacar más de un 8 si se evalúa sobre 10 o superar 8 de cada 10 ítems de la rúbrica), a la siguiente lección. La evaluación final se realiza en función de los objetivos que no se alcanzan (o sea que, en función de lo que les queda por hacer al final de curso, se evalúa a menos tareas pendientes, más calificación-).

Yendo un paso más allá nos encontraríamos con el aprendizaje entre iguales. Los alumnos aprenden el material fuera del aula y, cuando llegan a ella realizan un cuestionario de forma individual. El objetivo es que los alumnos consigan convencer a sus compañeros acerca de sus respuestas. Es un sistema que se ha de controlar muy bien ya que permite la posibilidad de que existan errores globales. Errores que, en el momento que se den, deben ser corregidos por el docente que está en el aula aplicando el método.

Finalmente, nos podemos encontrar con dos modelos que se están usando (o definiendo) como métodos aislados pero muy relacionados con la inversión del aula. Son el modelo del aprendizaje por proyectos que, seguramente más de uno ha estado usando bajo la denominación de webquests (o cazas del tesoro) y el de investigación acerca de algún tema concreto (el docente propone un tema y el alumno investiga por su cuenta -siempre con el asesoramiento del docente-). Parece curioso pero los últimos modelos, sobradamente conocidos por muchos docentes, son parte de ese modelo tan novedoso que está en auge como es el de la clase invertida.

Bonito sobre los supuestos. Todo siempre es muy bonito sobre el papel e, incluso, cuando se mediatiza mediante “expertos”, que pululan sin cesar en diferentes medios, hablando de las bondades de este tipo de modelo. Bondades que no habían probado nunca. Qué extraño resulta para un docente que algunos escritores de libros sobre el tema o ponentes en charlas variadas sin práctica real con alumnos vendan lo que no es.

Siendo un docente interesado en el tema de la tecnología y las cuestiones metodológicas que están llegando al mercado educativo (remarco lo de mercado por motivos obvios) no he podido menos que, intentar leer un poco acerca del tema de la Flipped Classroom. Además, he ido observando que, pasando el tiempo, apareciendo en el horizonte empresas que intentan adueñarse de la metodología y, cómo no, cursos de las administraciones educativas y algunos libros (amén de los múltiples artículos y blogs dedicados exclusivamente al tema), uno no puede menos que empezar a preguntarse si la expansión de dicho modelo es tan interesante y positivo como se está vendiendo. Porque, lo de comprar es fácil. Lo de analizar la compra

para llevarse un producto que realmente satisfaga las necesidades del consumidor, a veces, viene muy marcado por envases y publicidad demasiado engañosa, que puede inducir a error.

A mí, últimamente, me surgen muchas dudas con esto de la inversión del aula. Unas dudas que tienen mucho que ver con dos cuestiones básicas: la brecha digital -muchas veces relacionada con cuestiones socioeconómicas- de nuestros alumnos y la elevada exigencia, a nivel horario, que supone la dedicación para el alumno de este tipo de banderín metodológico. No tiene sentido que, cuando pretendemos que nuestros alumnos aprendan por igual con independencia de sus condiciones socioeconómicas, introduzcamos una metodología que obliga a disponer de internet en el domicilio u otro tipo de cuestiones que no están al alcance de todos. Tampoco tiene demasiado de positivo que, una metodología que obliga al aprendizaje en casa dedicándole unas determinadas horas al día, reduzca el necesario asueto de nuestros alumnos. No, no tiene ningún sentido que, después de seis horas diarias de clase se “obligue” a los alumnos a realizar el visionado de vídeos o la lectura de textos a lo largo de algunas horas más para, posteriormente, ser desmenuzados en el aula en su parte más práctica. No lo veo. Menos aún cuando tengo claro que los deberes sobrecargan la jornada lectiva, ya de por sí infumable, de nuestros alumnos. Y, al final, lo que da la sensación que sea esto de la Flipped Classroom es un alargamiento innecesario de la jornada laboral de alumnos y docentes.

El problema principal son las cuestiones técnicas y logísticas. Sí, la creación de vídeos es una tarea desproporcionada para un docente (no olvidemos que para un vídeo de mediana calidad de diez minutos, la cantidad de dedicación a su creación es de,

aproximadamente, seis horas entre grabación y edición). Y si, en lugar de usar vídeos creados autónomamente usamos vídeos de terceros ya tenemos un problema añadido -aparte de las cuestiones legales que algunos obvian cuando usan material de la red-: el problema de editar el vídeo o usarlo en bruto ya que, si hacemos lo segundo, nos encontramos con vídeos excesivamente largos que ningún alumno va a visualizar en su domicilio. Vamos a ser claros... si tenemos seis asignaturas al día y todos usan esta metodología, ¿Qué diferencia hay entre esa hora de visualizado de vídeos y los deberes? Bueno, vayamos más lejos en la argumentación... ¿Qué sentido tiene dotar de pasividad al aprendizaje que tanto critica este método cuando consiste en que los alumnos están sentados a lo largo de un determinado tiempo viéndolos? Tengo claro que hay herramientas para introducir cuestionarios en los vídeos y hacerlos más interactivos pero, si lo hacemos así, estamos teniendo el primer problema planteado que consiste en el tiempo invertido en su realización. Un docente debe procurar el aprendizaje de sus alumnos, no debe dedicarse íntegramente a la creación de materiales. Si invertimos el rol del docente a creador, en lugar de mentor o educador, ¿No estamos pervirtiendo el sentido de su tarea?

Más allá de cuestiones técnicas voy a entrar también en el concepto de segregación social. Ya sé que no es culpa del docente que algunos alumnos no dispongan en su casa de internet o de un equipo informático pero, ¿Hay modelo alternativo de Flipped Classroom para aquellos que, por motivos económicos, no pueden permitirse ciertas cosas? ¿Y qué pasa con el alumnado con NEE? ¿Para ellos no hay Flipped Classroom? ¿A ellos se les da los deberes de toda la vida, consistentes en fichas o ejercicios del libro de texto, o se hacen vídeos específicos para

ellos? No querría dejar tampoco en el tintero una cuestión importante... ¿Qué pasa con aquellos alumnos que en su casa tienen complicado, por muchas cuestiones, ver los vídeos planteados y se ven obligados a acudir al aula sin el trabajo previo? ¿Ellos no tienen derecho al aprendizaje? Seguro que hay alguna alternativa para lo anterior pero, después de mucha literatura fantástica sobre el método, sigo sin encontrarla.

Finalmente una última cuestión para no hacerme pesado... ¿Dónde están las investigaciones científicas -no aquellas realizadas por los que ya tenían las conclusiones redactadas antes de la investigación- evaluadas entre pares que afirman que este método mejora el aprendizaje? Ya sé que digo en ocasiones que lo importante es lo que sucede en el aula pero, en este caso, no estaría mal alguien que me dijera por qué un método que fracasa antaño y que, según los resultados que se están obteniendo en los centros en los que no se muestra mejora alguna en los resultados de los chavales es tan maravilloso últimamente. Sólo por preguntar.

Cuando uno se plantea cuestionar algo siempre se nos tilda de inmovilistas y de aplicar la ley del mínimo esfuerzo. Pues bien, el pensamiento único jamás ha traído nada bueno y, aún menos, en el ámbito educativo. Eso sí, queda muy bien para los amiguetes que le van a comprar un libro, un producto o un servicio bajo el amparo de que pertenece a alguno de los ideólogos de esta nueva/vieja moda educativa. Estrategias de comunicación para conseguir nuevos acólitos de una religión que, por desgracia al igual que la mayoría, se basa en unicornios rosa. Sectas que necesitan, al igual que cualquier estrategia de salvación, un buen mecanismo de financiación. Y no nos olvidemos la necesidad de remarcar antes todos y en todas partes que perteneces

al club. Perdonad por lo de mezclar club y religión pero, es que a veces se me va el santo al cielo y me despisto en el argumentario.

Reconozco que se están llevando a cabo experiencias interesantes en las aulas. Que hay docentes haciendo cosas curiosas. El problema es cuando toque analizar estos “inventos”. Inventos que espero no sean contraproducentes. Inventos demasiado sujetos a unas normas muy básicas y a unos supuestos del alumno como devorador de aprendizajes demasiado cuestionables.

Que cada uno haga lo que quiera. Esto de la *flipped* es algo que algunos llevan haciendo mucho tiempo. Se llama dar clase de forma participativa. Lo demás... Ilusionismo y experimentación cara a la galería. Una galería que compra muy bien todo lo supuestamente innovador. Una galería demasiado necesitada de buenas noticias relacionadas con el ámbito educativo. En algunas ocasiones, tristemente para aquellos que buscan soluciones mágicas, lo de invertir el aula para hacer el pino puente acaba generando bastante frustración y un fuerte dolor de cabeza. Es lo que tiene el aumento de flujo sanguíneo en el cerebro cuando uno se posiciona de determinadas maneras.

Capítulo 13

Gamifica que algo queda

La gamificación consiste en aplicar conceptos y dinámicas propias del diseño de juegos al campo educativo con el objetivo de estimular y hacer más atractiva la interacción del alumno. Utiliza la predisposición natural humana hacia la competición y el juego para hacer menos aburridas determinadas tareas. Unas tareas que, supuestamente, con este método pasan a ser realizadas de forma más dinámica y efectiva.

Son muchos los que defienden la gamificación del aprendizaje. La posibilidad de introducir masivamente determinados tipos de “juegos” que permiten “premiar” al jugador (el alumno en caso de la gamificación aplicada al entorno educativo) mediante diferentes tipos de regalos. Regalos, en la mayoría de casos, consistentes en insignias (*badges*) que indican la superación de determinados niveles.

Parece, a priori, una buena idea. Aprender jugando. Aprender quemando diferentes etapas del aprendizaje para llegar a adquirir unos conocimientos de una forma más natural para los alumnos (acostumbrados a los juegos de ordenador y al uso de consolas). El problema es analizar un poco más el asunto. Un análisis que donde debería cuestionarse el aprendizaje obtenido con la gamificación del entorno.

¿Cuáles son las principales cuestiones que se deberían tener en cuenta para admitir “gamificación” como tercera maravilla o genial modelo de aprendizaje?

La primera cuestión, como siempre, la económica. ¿Se trata de un modelo postulado desde instituciones o administraciones educativas? ¿Se trata de un modelo gestionado por docentes y dirigido específicamente a los alumnos? O, ¿se trata de un modelo postulado por empresas con ánimo de lucro?

Parece ser que detrás de dicho “concepto” hay unos números realmente escalofriantes. Números como los siguientes que son fáciles de encontrar a poco que alguien haga una búsqueda rápida en Google:

- El mercado de “juegos de aprendizaje” alcanzó los 2,8 billones de dólares en 2016
- El 70% del Global 2000 tuvo al menos una aplicación destinada a la gamificación en 2014

Unos números donde se observa un mercado emergente, que a día que pasa se ratifica en su línea ascendente, destinado a satisfacer unas “necesidades” educativas. Algo que, curiosamente, debería hacernos pensar sobre las intenciones que existen tras la mercadotecnia que se está realizando de dicho mecanismo de aprendizaje.

Otro de los temas que podrían cuestionarse es la incorporación de “premios” por haber realizado algún tipo de actividad de aprendizaje. Unos premios que, según la naturaleza humana, hace que los que juegan a esos juegos educativos tengan “ganancias”

de ganarlos”. Unas ganas que se van a basar más en la realización rápida de tareas para asumir los objetivos marcados que en la asimilación del aprendizaje que se halla detrás de las tareas anteriores.

Imaginaos que tuviera que leer 10 comentarios de mis compañeros para conseguir 50 puntos y lo asocio a un incentivo tangible o intangible (por ejemplo, una insignia) ¿Adivinen qué? Estoy leyendo, pero lo más probable es que los lea de forma rápida (en caso que no sólo me dedique a pasar líneas) para obtener de la forma más rápida posible el premio asociado a dicha acción.

Un problema grave de falta de regulación del premio (más allá de las ganas que tenga el alumno de conseguirlo) que, mediante una implementación de juegos que pueden permitir el paso rápido entre etapas o la posibilidad de “hacer trampas” (habitual en muchos juegos actuales mediante páginas donde se explican trucos para conseguir más vidas o energía), hace que la gamificación pueda ser totalmente inútil para un aprendizaje eficaz.

Además de lo anterior, también se pueden llegar a cuestionar los diferentes puntos:

- Los alumnos son personas y, las personas son competitivas y quieren ganar. Seguramente, ese espíritu de “querer ganar”, se va a trasladar a buscar formas de ganar al sistema y, por ello, pueden dar lugar a resultados de aprendizaje inexistente (dejando en segundo término el aprendizaje que se ha planteado con dicha gamificación)
- Los alumnos quieren divertirse y entretenerse. Los juegos que sean especialmente “atractivos” redundarán en

detrimento del aprendizaje mientras que, los que son demasiado “aburridos” los desmotivarán. Es muy difícil encontrar el término medio en un juego para asegurar que dentro de un entorno interesante puedan realizar un aprendizaje efectivo asumiendo los aprendizajes que se pretenden

- Las recompensas son, muchas veces, intrascendentes. Las ganas de obtener insignias u otro tipo de “regalo inmaterial” no perviven en el tiempo (el ejemplo más claro es el de Foursquare, donde cada vez hay menos usuarios ya que las recompensas -ser nombrado “mayor” o “destronar a alguien de un cargo” de un lugar han perdido la motivación inicial)
- Los juegos están planteados, en la mayoría de juegos educativos vendidos bajo la denominación “gamificación”, como lineales. Una linealidad que no da cabida a los diferentes intereses y estilos de aprendizaje. Una linealidad que, por muchas opciones que tenga el juego, nos van a llevar a tener que asumir los mismos objetivos para obtener unas recompensas

La verdad es que resulta imposible no dedicarse a cuestionar en voz alta determinadas cuestiones educativas que, parece, que van a ser el no va más para el aprendizaje de nuestros alumnos. Sí, maravillosas potencialidades educativas esta vez a golpe de juego. Bueno, de “game” no sea que, como siempre, por usar el vocablo nacional se nos infravalore un producto sin igual. No es el colacao ni la merienda del loro... estoy hablando de Scratch. Lenguaje de programación abierto con el que, supuestamente, cualquiera de nuestros alumnos puede salir programador de esas empresas tan guays de Silicon Valley. Un gatito (con lo bonito que hubiera sido una ratita y, a su vez, presumidita)

que, con órdenes que le damos, es capaz de hacer casi cualquier cosa. Y ahora, incluso le podemos conectar cualquier cachivache tecnológico para expandir ese programa a la realidad. La *crème de la crème* de la innovación educativa. El juego más allá de los límites de la galaxia. Un manjar de dioses que va a ser capaz de crear universos alternativos donde los alumnos van a ser los auténticos protagonistas de su aprendizaje. Convertir cuatro órdenes prediseñadas para dotarlas de horas y horas de diversión mientras multitud de imágenes interaccionan es un gustazo sin par.

Tristemente la vorágine de Scratch, la gamificación y los restaurantes de postín, amparados bajo cuatro éxitos puntuales y, cómo no, bajo una campaña de merchandising muy bien realizada por algunos, tiene sus limitaciones a la hora de aplicarlo a la realidad. Usar Scratch para ir pasando fichas de programas prediseñados e, incluso, convertir Scratch en la herramienta en la cual gira todo el aprendizaje tiene, otra vez más, sus grandes dificultades. Entronizada la herramienta de grandes virtudes, ahora queda analizar sus resultados. No es oro todo lo que reluce en el mundo educativo y, tal vez, nadie se ha puesto a cuestionar desde su uso (sí, en mi caso he usado Scratch y me parece interesante pero, ni óptimo ni imprescindible como, en caso de existir, la herramienta de los dioses educativos).

Creo que, lamentablemente, en esto de entronizar a determinadas herramientas y prácticas educativas que, supuestamente van a permitir enganchar a los alumnos mediante un modelo de creación-recompensa-juego, es algo que no lleva a ninguna parte. Ni los maravillosos diseños de actividades educativas con JClick o Hotpotatoes han marcado un antes y un después ni, por

desgracia, creo que una vez pasado el empujón inicial de Scratch nos lleve a ninguna parte porque, sabéis qué, ni todos los niños deben saber programar ni, por desgracia, el mercado de los videojuegos es capaz de asumir a los cientos de miles de niños que, de una forma más bien churrutera en la mayoría de los casos, son formados en el uso de Scratch.

Imaginaos lo que ha supuesto el tema de la gamificación y la venta de productos relacionada con el concepto. Grandes éxitos puntuales de determinados juegos como, por ejemplo, Pokémon Go o cualquiera de esos que permiten obtener determinadas recompensas que, más allá de permitir pasar un rato realmente agradable recogiendo por diferentes lugares los graciosos Pokémon, nos permite añadir unos beneficios nada despreciables para nuestros alumnos. Sí, en este caso se demuestra que incorporar los beneficios de la realidad aumentada (ampliamente documentados y expuestos en numerosos artículos o jornadas educativas) a la gamificación (otro de los imprescindibles para el docente del siglo XXI) nos dota de algo fantástico que debería ser incorporado sin falta de forma transversal a nuestras aulas.

Pero vamos a ver cuáles son los algunos de los beneficios que aporta Pokémon Go a nuestros alumnos.

En primer lugar, lo que queda claro es que una herramienta como la anterior potencia la actividad al aire libre. Y ello para los que defendemos que, en un momento en el que el sedentarismo está causando estragos en nuestra sociedad, qué mejor que incorporar una herramienta que permita a los chavales moverse. Quizás no sea tan efectivo como otro tipo de actividades físicas pero, ¿seguro que no resulta interesante potenciar ese

movimiento con una actividad agradable para muchos como puede ser la caza de un Pokémon?

Otro beneficio interesante es que potencia la visión espacial de los alumnos. Al ser un juego basado en la geolocalización queda claro que obliga al alumno a saber dónde está en todo momento. Una habilidad que es de adquisición imprescindible para poder moverse, de forma ágil y eficaz, por el entorno. ¿Alguien duda de la mejora que supone lo anterior y en las implicaciones positivas en aquellas materias en las que se obligue a tener dicha visión más desarrollada? No olvidemos que, a la vez que mejor visión espacial conseguimos una mejor orientación.

Muy relacionado con lo anterior estaría el beneficio que supone a nivel de desarrollo matemático. Distancias, ángulos y un sinnúmero de coordenadas que, gracias al juego, permiten ser incorporadas con un aprendizaje significativo en nuestros alumnos.

Más beneficios que pueden llegar a extrapolarse de su uso serían todos los referentes a cuestiones geográficas. ¿Os imagináis las ganas de saber de los chavales por dónde se están moviendo, qué elementos orográficos componen ese contexto y, cómo no, la necesidad de incorporar dichos nombres o elementos a su conocimiento? Y ya no digamos si la persecución del Pokémon se realiza en lugares históricos... ¿quién puede descartar que dicha relación con elementos históricos y culturales no mejore la percepción de los mismos y las ganas de saber más?

Podemos seguir con la mejora en las habilidades en el uso de las TIC por usar el teléfono móvil para más que el típico en-

viarse Whatsapps o consultar vídeos de YouTube, las potencialidades de socialización que incorpora la posibilidad de perseguir Pokémon en grupo y, cómo no, la necesidad de usar la memoria para reconocer, a lo largo del periplo de juego, los diferentes Pokémon y sus estados de evolución.

Por cierto, después de lo anterior, ¿alguien puede decirme porque no va a usar esa herramienta tan potente con sus alumnos el curso que viene? Pues bien, creo que si alguno habéis llegado hasta aquí en la lectura y tenéis un poco de sentido común lo entenderéis... porque el décimo beneficio no es para los alumnos, es para aquellos sinvergüenzas que van a dedicarse a vender las potencialidades de Pokémon Go de la misma manera que lo he hecho yo (sin instalarlo ni haberlo puesto nunca en modo producción). Eso sí, seguro que van a conseguir que algunos docentes, por desgracia porque tiene que haber de todo en la viña del señor, aplaudan con las orejas ante esta nueva innovación educativa. Bienvenidos a la realidad aumentada que permite vender de todo porque hay algunos que, lamentablemente, siguen comprando humo más o menos envuelto en bonito celofán.

No hay duda que la gamificación está llegando pisando fuerte pero, también queda claro que no va a ser un éxito inmediato, ya que todavía tiene algunos errores que resolver. Y todo el mundo sabe que un juego con errores en el mismo, no es divertido en absoluto.

Bonus I

Cómo convertirse en gurú educativo

Seguro que muchos de vosotros habréis oído la expresión “no cabe un tonto más” y, posiblemente, habréis visto que la cantidad de tontos no deja de crecer por mucho que se haya saturado de ellos vuestro contexto más o menos cercano. Estoy convencido de que, si aplicamos lo anterior en el ámbito educativo y más, viendo la cantidad de gente que compra cosas inverosímiles que serían rechazadas de plano si el comprador tuviera un poco de sentido común, os daréis cuenta de la facilidad de extrapolación de esa expresión. Cuando uno piensa que lo ha visto todo, descubre entre horrorizado y perplejo, que aparece una nueva noticia educativa que supera a la anterior. No es sólo que, tal y como sucede habitualmente, se esté haciendo un hype con el tema por necesidades de mercado. Se trata de la búsqueda de algunos de esa educación que se halla más allá del infinito. Es por ello que, si uno tiene un poco de vista, ha visto la trampa en el cartón marcado y sabe jugar bien sus cartas, puede labrarse un buen futuro dentro de esa legión de timadores que pueblan tertulias, medios y redes sociales. Hoy es fácil convertirse en gurú educativo. Muy, pero que muy fácil.

A ver, el tema de convertirse en gurú educativo no es inmediato. Además, a menos que tengas muchos contactos familiares, tengas una parte de tu anatomía nachovidalesca o, tengas la virtud de enseñar lo justo sin que se considere desacato, hay

algunos pasos que te ves obligado a seguir. No, no es fácil entrar en el olimpo de los gurús educativos. Además, seamos sinceros, es posible que, por mucho que te lo curres, siempre llegues tarde al asunto o, en caso de llegar, te apalanques de tal manera en tu posición que los nuevos gurús, que presionan mucho desde la pirámide trófica del gurusismo, te obliguen a abandonar tu torre de marfil. Y no hay nada peor que ser ex gurú caído en desgracia. Lo mal que debe sentir ver como el personal se cachondea de ti, pierdes el aura de intocabilidad y dejas de percibir esos extras, no sólo a nivel económico, que te proporcionaba dicha situación de poder.

Pero vamos a ser claros. No habéis empezado a leer este capítulo para que os haga disertaciones sobre el tema. Lo que queréis, al igual que lo que deseáis cuando disfrutáis ansiosamente de un libro de esos de autoayuda que a los únicos que ayudan es a los que los venden, es saber cómo podéis convertirlos en gurús. Y además lo queréis para ayer. Pues bien, voy a daros algunas claves sobre lo anterior.

En primer lugar conviene analizar el mercado. Saber qué se está vendiendo y quién lo está vendiendo. No tiene ningún sentido empezar queriendo abrir un nicho de mercado porque, viniendo de la nada mediática, lo anterior se hace muy difícil. Es importante crearse cuentas en las redes sociales y marcarse un blog. Y sí, lo anterior debe ir de la mano con intervenciones mesuradas pero que denoten una personalidad muy fuerte, en todos los medios que permitan ser democráticos y tratar de tú a tú a esos gurús educativos que todo el mundo conoce. No conviene ir de perro de Pavlov pero sí de adulator de algunas modas y modelos educativos. No perderse ninguna conferencia

de determinados autores es la clave. Más aún cuando hay posibilidad de dejarte ver y que te conozcan. Ya, lo de comprarse libros (o, simplemente, si se va justo de pasta piratearlos) escritos por algunos personajes de papel cuché, emplear frases branding o citas de autores que jamás dijeron en su momento y hablar de lo maravillosos que son ciertos dioses de lo educativo, puede darte alas para subir en el escalafón de los aduladores. No todo el mundo quiere convertirse en gurú y, por eso, se debe tener claro quién es la competencia.

También conviene posicionarte. Ya, jode el tener que estar con unos u otros pero, en el contexto actual tienes dos opciones: o te posicionas con los amantes a ultranza de lo tradicional, de tiempos pasados inmejorables o te vas con los “innovadores”. No puedes usar el gris si quieres trepar. Un consejo... a día de hoy tiene más posibilidades de mercado el segundo tipo de gurús aunque también tienes que pensar si, a menos cantidad de postulantes para gurú, puedes tener mayores posibilidades. Es una decisión difícil. Eso sí, si eres suficientemente inteligente deberías poder vadear por las dos orillas sin demasiados problemas. Eso a menos que hayas cometido el error de pisar callos de un sector o de otro. No, se debe ir con mucho tiento antes de afirmar algo, publicar algo, comentar algo o retuitear a alguien.

Es importante también crearte una falsa identidad. Vende que eres experto, que conoces a tal o cual persona, que te han llamado para ofrecerte no sé qué porque se han fijado en las maravillas que has ido publicando en tu blog y que, supuestamente, haces en clase. Eso si eres docente. Si no lo eres, simplemente tira de algún selfie que te puedas hacer con alguien conocido en las redes, adorna tu currículum y monta

una estrategia para que nadie se pregunte nunca qué hay de cierto tras lo que dices que has hecho. Si alguna vez te has encontrado mientras paseabas con algún gurú intenta sacarte una foto para decir: “He coincidido con mi amigo Paco, el gurú, en tal sitio, a ver si nos vemos en las próximas jornadas”. Es muy fácil manipular el currículum y la experiencia profesional. Lo importante es saber hacerlo bien. Y ya si en tu blog publicas artículos fusilados de otros sitios, no los atribuyes al autor original, éxito garantizado. Eso sí, para que no te pillen, procura buscar artículos escritos hace un tiempo en otro idioma y tradúcelos al tuyo. Que eso mola y es más difícil que salte la liebre.

Hay mucho más que seguro que se queda en el tintero como usar expresiones en inglés, certificarte por tal o cual empresa privada para convertirte en trainer o distinguished educator, cuestionar el modelo educativo actual (puedes usar, como he dicho antes, la tesis de que es poco innovador y muy tradicional o, el mantra de que la LOGSE y los pedagogos el sistema educativo) y un largo etcétera. No critiques nunca a quién puede darte de comer en un futuro y, finalmente, ten muy claro qué quieres conseguir. Si tienes la meta clara, sabes que tendrás que pisar a muchos y, al final, te tocará defender una realidad paralela, que no existe, con uñas y dientes. Sí, ahora es un buen momento para planificar cómo convertirte en gurú. Y no, no es fácil salvo que hayas tenido algún golpe de suerte como algunos de esos a los que tanto de gustaría parecer.

Un detalle que tiene su importancia es la necesidad de reconvertirse, por necesidades perentorias de la evolución semántica, en otro tipo de estrella. Ahora ya no hablamos de gurús, hablamos de *influencers*. Tienen la capacidad de influir en las decisiones que toman otros docentes. No sólo eso, son capaces de

influir, como no podría ser de otra forma debido a su grado de mediatización, en la expansión de determinadas metodologías o la aparición de nuevos influencers que se alzan a su vera. No es extraño ver como ciertos canales de YouTube empiezan a plagarse de suscriptores por el simple hecho de ser “amigos” o “correligionarios” del youtuber mediático. Ser mencionado por alguno de ellos, es ser tocado por la divinidad. Y algunos lo aprovechan para ser, también, incorporados al mercado influencer. Un modelo piramidal en toda regla que, al igual que todos los modelos basados en lo mismo, siempre tienden, al cabo de un cierto tiempo, a caer por su propio peso hasta que, por desgracia, muchos docentes en el caso que estoy comentando, pueden pasarlo muy mal porque creyeron que el modelo aguantaría siempre. Ese modelo tan conocido y mediatizado como lo que fue Afinsa, afincado en el ámbito educativo.

Finalmente un último consejo si queréis acceder al estatus guruseril. Jamás de los jamases os posicionéis a favor o en contra de una medida educativa o, simplemente, os enzarzáis con nadie discutiendo determinados postulados. Conviene mantener un perfil bajo antes de, en caso de dar nuestra opinión, intentar dar una respuesta para no mojarse. Se debe defender el *modus vivendi* y mesurar -y mucho- las palabras antes de, si se tercia en alguna ocasión, expresar nuestra opinión de la forma más neutra posible. No conviene perder compradores de su producto. Un producto basado, casi siempre, en una nula crítica a la administración educativa, una eliminación selectiva de comentarios en espacios virtuales y perfiles de las redes sociales y, como no podría ser de otra manera, procurando dejar pasar el chaparrón cuando hay algo importante que sucede en el ámbito educativo.

No, no hay receta mágica pero, con trabajo y siguiendo las reglas básicas que he planteado en este post seguro que, más de uno, puede intentar dar ese salto al estrellato educativo. Eso sí, si os estrelláis la culpa no será nunca mía; es que no habéis aplicado bien los consejos que os he dado. Unos consejos que, al final, no dejan de ser unas recomendaciones para que, por fin, algunos consigan el sueño de abandonar el aula, publicar libros tan molones como éste o, simplemente, jugar a ser estafadores profesionales en un contexto como el educativo cada vez más plagado de tahúres, tarotistas y especuladores.

Bonus II

Diccionario gamberro de innovación educativa

La verdad es que, al igual que la mayoría de docentes que intentamos lidiar con las vicisitudes diarias en nuestras aulas, me encuentro cada vez más perdido cuando buceo por las redes, leo determinadas noticias en los medios o, simplemente, veo a determinados gurús educativos cuando hablan acerca de novedades educativas sin parangón, envueltas en fino papel de celofán y, cómo no, llenas de una gran cantidad de espíritu innovador. No creo que sea el único que se pierde en la vorágine anterior y, es por ello que, para aclararme un poco, he escrito un breve diccionario, un poco gamberro porque si no fuera así sería un poco aburrido, acerca de innovación educativa sin ceñirme a las simples innovaciones y ampliando el mismo a aquellas organizaciones y entramados que nos guían, a los simples mortales, hacia el Walhalla. Sí, ese gran salón asgardiano que nos permitirá reunirnos con el Odín innovador, padre de todas las innovaciones educativas con permiso de su representante en la tierra, sor innovación.

El problema es por dónde empezar para dejarme las menos cosas posibles en el tintero. Bueno, siempre dicen que el olvido es virtud en ocasiones y creo que en esta, más que la cantidad, lo importante es la calidad del diccionario. Bienvenidos al diccionario gamberro de innovación educativa.

ABP. Aprendizaje Basado en Proyectos. Para que nos entendamos, lo mismo que aprender a hacer una paella pero con un proyecto multidisciplinar que, sólo los puristas se atreven a considerar proyecto. Sí, según algunos no todo es ABP y, por tanto, si queremos un proyecto que sea ABP tenemos que seguir unos ciertos pasos. Para aquellos caóticos se va a aceptar ABP como cualquier proyecto que se haga en el aula para aprender algo porque, por desgracia, hacer proyectos por hacer proyectos es algo muy aburrido que, por desgracia, genera mucho trabajo al docente.

Aprendizaje holístico. Sinceramente, no tengo demasiado claro el concepto. Supongo que se refieren al tipo del aprendizaje que se realiza de forma global, en el que intervienen desde el intestino delgado hasta la pituitaria. Es por ello que también se denomina aprendizaje global o, en caso de tener un poco de sentido común, gilipollez educativa elevada a la enésima potencia. Eso sí, no hay ponencia que se precie que no tenga, dentro de sus diapositivas, alguna destinada a hablar de este concepto.

Arduino o la programación que me importa un pepino. Es una pequeña plaquita del tamaño de un paquete de cigarrillos miniaturizado que, por suerte, permite hacer las mayores tropelías cuando lo conectas a un equipo informático. Además es superlibre y superfashion. Nada mejor que decir que trabajas con Arduino en tu centro. No vayas a confundirte y decir que trabajas con algún clon de la anterior (Funduino, por ejemplo) porque vas a parecer un cole de esos pobres que no tienen ni para calefacción. Millones de tutoriales en la red van a permitir que tú, por muy inútil que seas, puedas crear una Estrella de la Muerte que destruya a toda tu población de Playmobils o Bar-

bies. No tiene efectos secundarios. Eso sí, recomiendo que, antes de conectarlo a la corriente uno vigile muy seriamente la tensión máxima que admite porque, por desgracia, es un poco sensible a ponerle algunos voltios de más. Un juguetito bueno y barato para el aula. Puede enganchar.

Un pequeño detallito... por muy chulas que os parezcan las cosas que hacen otros y bien que se vendan en la red considerad que, por desgracia al igual que sucede con los tipos y tipas que llenan revistas del corazón, la realidad y la imagen que os venden se parecerá en poco al producto que conseguiréis con vuestros alumnos. No os desaniméis, a todos nos han tomado el pelo.

Aulablog. Grupo de amiguetes que se reúnen cada cierto tiempo -y que disponen de un blog- para, en un principio, ayudar a difundir ciertas prácticas educativas en sus eventos anuales. Formados por un nutrido de socios, muchos de los cuales se hallan ahora liberados a perpetuidad en el CRIF Las Acacias (sí, la asesoría educativa más molona e innovadora de la Comunidad de Madrid) y que, gracias a la Fundación Telefónica, han conseguido colaborar con Ferran Adrià un manual para implementar la creatividad en las aulas. Unos cracks. Unos putos cracks que pertenecen a la avanzadilla innovadora.

B-learning. “El b-Learning (*formación combinada*, del inglés *blended learning*) consiste en un proceso docente semipresencial; esto significa que un curso dictado en este formato incluirá tanto clases presenciales como actividades de e-learning”

Es el mecanismo de enseñanza que usan la mayoría de universidades virtuales (que no tiene nada que ver con la virtud de su

enseñanza) de nuestro país. Maravilloso material online (totalmente actualizado y de interés excelso), con unas pruebas de evaluación finales y, gran expedición de certificados y títulos académicos (mayores porcentajes de titulación por los alumnos que cursan esos estudios). Un sistema de reducción de gastos y mejora educativa cuestionable.

Badge o insignia. De esos maravillosos dibujitos parecidos a los *toi* de mi época estudiantil que te regalan determinados docentes por completar las tareas. Sí, eso que antes se llamaba estrellitas y caras contentas y tristes que usan aún como mecanismo de maltrato psicológico a los niños de corta edad y que, junto con la silla de pensar, hace tanto daño a las mentes jóvenes. No hay nada mejor que poner, en lugar de un lustroso 10, una insignia que diga “colega, te has matado en el curro y las sumas se te dan superguay”. Eso sí, siempre pensando que los badges deben ser agradecidos porque, por desgracia, hay algunas organizaciones (como los MOOCs del INTEF -otra palabreja chusca-) que se lucen en los mismos y, por desgracia, sólo han aprendido el doble cromatismo verde y naranja. Y lo dejo aquí.

E-learning. Se denomina aprendizaje electrónico (conocido también por el anglicismo *e-learning*) a la educación a distancia completamente virtualizada a través de los nuevos canales electrónicos (las nuevas redes de comunicación, en especial Internet), utilizando para ello herramientas o aplicaciones de hipertexto (correo electrónico, páginas web, foros de discusión, mensajería instantánea, plataformas de formación -que aúnan varios de los anteriores ejemplos de aplicaciones-, etc.) como soporte de los procesos de enseñanza-aprendizaje. Sí, otra maravillosa definición sacada de la Wikipedia.

Según algunos expertos, “podemos considerar el e-learning como la misma basura que la Educación tradicional pero en diferente continente”.

Aunque las palabras de Roger (sí, sí...le llamo Roger) no me acaben de convencer del todo, la realidad demuestra que el e-learning es un mecanismo que ofrecen algunas Universidades dentro de su programa “*pay for title*” (pago por título). ¿En qué consiste este programa? Pues es bien fácil... uno se matricula en una Universidad virtual, elige su máster o posgrado, busca en la red sitios donde se ofrecen a hacerle los trabajos que le mandan, los compra, los presenta en su maravillosa Universidad y, después de un coste económico (la suma de la matrícula de los estudios y de la compra de esos trabajos) tiene en sus manos un título para enmarcar en las paredes de su domicilio o despacho profesional. Eso sí, todo a distancia sin sonrojarse lo más mínimo.

EABE. Reunión anual de héroes, mayormente andaluces, que prefieren destinar parte de su tiempo a hablar sobre temas educativos que a otras cuestiones. El problema es cuando, a veces, da la sensación que todas esas buenas ideas de las que se habla en este tipo de eventos jamás llegan a oídos de la administración y se quedan, al igual que muchas otras, en el simple limbo educativo donde, lamentablemente, ya empieza a haber demasiado overbooking de las mismas. Con lo poco que le costaría a la administración educativa bucear entre ellas en lugar de creerse a tipos que nunca han pisado un aula o, simplemente, a algún mangante que quiere lucrarse con la educación.

Escola Nova 21. Organización, entre paramilitar y pseudomafiosa, que empieza a hacerse con el control de los centros educativos catalanes, avalada por La Caixa, el diari ARA y la Fundación Jaume Bofill, con íntimos contactos con la administración educativa catalana que provoca entre el gustrirrinín y la necesidad del disimulo en los docentes cuyos centros educativos se hayan sometido a sus exigencias. Eso sí, su cabeza visible no ha dado nunca clase, tienen algún escaqueado del asunto que sólo busca largarse de la misma -y esto se lo ha permitido-, por qué no decirlo, salen más en determinados medios de comunicación que Melendi. Y eso es para preocuparse.

Flipped Classroom. Método/modelo/dinámica de aprendizaje basada en invertirlo. ¿Y cómo demonios se invierte? Fácil. Se coge una cámara web (si hay pasta algo más profesional), se sube algún vídeo a la nube (procuremos que sea gracioso porque, por desgracia, si el alumno tiene que estar cinco minutos viendo a un tipejo aburrido que suelta teoría desconecta aún con más facilidad que en la clase) y voilà... ya podemos tener la seguridad que podemos usar las horas de clase para hacer algo productivo con ellas. ¿Y qué es productivo? Debatir sobre temas que, por desgracia, con vídeo guay o sin él, siguen sin interesar a la mayoría de nuestros alumnos.

Gamificación. Concepto básico para entender las dinámicas de juego basadas en aparatos de diferentes medidas, colores y sabores. No hay congreso educativo que se precie sin que se hable de gamificación. Y qué mejor momento para entender el concepto que ahora. Y qué mejor definición que la de la Wikipedia que nos define tamaña innovación como *el uso del pensamiento y la mecánica de jugabilidad en contextos ajenos a los juegos, con el fin de que las personas adopten cierto comportamiento*. Que la Wikipedia

va de lujo para entender cosillas. Y sí, por si alguien aún no lo ha entendido con lo maravillosamente que nos lo explica la enciclopedia para palurdos, qué mejor que hacer un símil entendible al personal y considerar la gamificación como el uso de pelotas para aprender por pelotas cambiando el concepto de pelotas por algo mucho más digital tipo Minecraft, Clash of Clans o, cualquier otro de esos juegos tan chachipirulis que van a darnos horas de aprendizaje ameno.

Gurú. Guía espiritual de las TIC o de la metodología innovadora más molona, clasificado en diferentes subespecies. El gurú 2.0 no nace, se hace (o más bien, lo hacen). Eso sí, el gurusismo educativo y la realidad de aulas divergen en demasía, pero sus palabras son tomadas como homilía por sus adeptos. Por cierto, el grado de gurusismo se incrementa según la distancia entre el gurú y las aulas.

Gurusismo. Religión que consiste en pontificar y subrayar con fosfi cada uno de los capítulos de los libros del gurú o la gursa de turno. En los salones de tatuaje se ha empezado a instaurar la moda del tatuaje del gurú en las nalgas y, es por ello que, más allá del dolor puntual que puede significar lo anterior, es fácil observar, una vez despojados de la ropa interior y de gran parte del sentido crítico que debería pedirse a los docentes, quienes pertenecen a ese club de fans tan fiel. Religión educativa que, por cierto, es capaz de llenar estadios de fútbol. Bueno, estilo Backstreet Boys aunque con mucha mejor percha y más buenorro.

Inteligencia emocional. Concepto muy relacionado con las emociones que permite que ciertas universidades privadas -y alguna pública- hagan su agosto ofertando másters sobre el

tema y que, está impartida por personajes que tienen, entre su enorme currículum, cursos de bioenergética, sanación o, simplemente reiki. Ya, la homeopatía educativa vende y, visto el precio de estos cursos y la cantidad de mentecatos que los realizan, muy bien.

Inteligencias múltiples. Cortina de humo que esconde un entramado empresarial que permite que, algunos centros puedan vender a los padres homeopatía educativa. Postulados muy críticos acerca de cuestiones filogenéticas que, por desgracia, son compradas por más de uno. Por lo visto no hay nada menos inteligente que comprar un pack de inteligencias a peso. Bueno, a menos que te quieras denominar innovador.

Ley educativa. Tipo de articulado legislativo redactado por sabios, economistas y curas, cuya máxima es la de complicar el asunto a los docentes, desconcertar a los alumnos y, por desgracia, tener siempre la necesidad de hacer cambios incluso que no se haya demostrado si el articulado anterior funciona o no. ¿Alguien se plantea qué se hubiera podido hacer con la Ley de Villar Palasí si se hubieran destinado los recursos que se destinaron a la LOGSE, los de la LOE y los de la LOMCE? Y todo ello sin contar las mordidas que se han llevado algunos, los porcentajes en la construcción de centros educativos o, simplemente, el reparto de sobres entre amiguetes.

M-learning. Se denomina aprendizaje electrónico móvil, en inglés, m-learning, a una metodología de enseñanza y aprendizaje valiéndose del uso de pequeños y maniobrables dispositivos móviles, tales como teléfonos móviles, celulares, agendas electrónicas, tablets PC, pocket pc, i-pods y todo dispositivo de mano que tenga alguna forma de conectividad inalámbrica. Y

sí, es otra definición más de la Wikipedia. Que uno está vaguete a estas horas.

Lamentablemente, se trata de un concepto que no tiene nada que ver con la realidad de las aulas de nuestro país, donde el uso de los móviles está prohibido por defecto y, con unos informes de miopización que provocan esos dispositivos, preparados en las Consejerías pertinentes, por si al gobierno del Estado se le ocurre regalar/dotar de móviles en un futuro plan Escuela 2.1 (o 2.0 bis). Eso sí, si El Corte Inglés, Telefónica o alguna otra multinacional que vende móviles, en alguna reunión a base de gambas y langostinos frescos con los responsables educativos de nuestro país, recomienda a los mismos ese tipo de aprendizaje, posiblemente nos encontremos con móviles en nuestras aulas en algún momento.

Hay millones de blogs en los que defienden las bondades del uso educativo de lo móvil y otros millones donde dicen lo nefastos que son para el aprendizaje. Así que ustedes hagan lo que les dé la gana. No será por no poder justificar su decisión.

Metodología activa. Todo aquello que no tenga nada que ver con una metodología tradicional que no existe, aunque a algunos les interese que exista. Por lo visto, dar clase no debe ser algo activo si no se usan unos determinados mecanismos. Es por ello que conviene taxonomizar a los docentes en función de la actividad que realicen y cómo la realicen no sea que se nos cuele algún tipo en las aulas que se adapte a los alumnos sin seguir el vademécum innovador.

Mindfulness. Sinceramente, a nivel educativo, esto del Mindfulness aún no he conseguido entenderlo del todo. Da la

sensación que sea una necesidad de comulgar el yo interior con el yo exterior. Supongo que, en un primer momento estaba muy relacionado con la sustitución de antidepresivos por parte de los docentes por métodos tradicionales de meditación, ahora con la palabra inglesa ya no me queda tan claro. Según los grandes expertos en el tema (sí, también da para vivir del cuento) el mindfulness consiste en una técnica milenaria que permite que nuestros alumnos se concentren y presten atención plena a lo que están haciendo. A ver, voy a probarlo en el redactado de este artículo... Ommmmm. Nada, que sigue la incoherencia habitual en mis redactados. No sirvo para ser un receptor de sapiencias milenarias.

MOOC. Sonido que, por desgracia, emiten los coches cuando están en un atasco. Pues bien, la exportación lógica a la docencia de la onomatopeya no puede ser menos que recurrente. Considerar un curso donde tropocientasmil personas se inscriben para aprender algo de forma gratuita que, a menos que pagues una pasta, no te dan título es una nueva manera de financiar las Universidades de medio mundo. Cursos masivos e impersonales donde lo más guay es cuantificar el aburrimiento que subyace tras cada uno de los maravillosos vídeos de presentación. No olvidemos que un MOOC debe estar diseñado de tal manera que más del 95% de los alumnos lo abandonen a las pocas horas de haberse matriculado en el mismo (sí, cuento dentro de ese grupo a los que una vez matriculados ni tan sólo lo empiezan). Muy guay para distribuir conocimiento de forma abierta. A veces incluso puede aprenderse algo. Por cierto, no confundir con MU, ya que en este caso nos estaríamos refiriendo a la onomatopeya de una vaca que, en función del alargamiento de la U, nos indica su estado psicológico y el maltrato que está sufriendo.

Por cierto, ahora la moda son los **NOOC**. Sacando, por cierto, las últimas leches de la ubre de vacas cada vez más agotadas. Pobres empresas que sufren en silencio por no poder seguir chupando de la educación.

Moodle. El hermano feo de los libros de texto. Un montón de hojas enviadas en pdf, actividades que nadie se mira y, por qué no decirlo, una sensación agridulce al ver como no puedes acceder la mayoría de los días en tu centro al mismo, has perdido la contraseña (o, más bien la han perdido la mayoría de docentes y si eres el pobre desgraciado que gestiona la plataforma, debes volverles a crear una) o, simplemente, descubres que es un auténtico timo que lo único que hace es complicar a ese libro de texto que no puedes usar para que no cuestionen tu grado innovador. Bueno, Moodle tampoco es muy innovador pero, a veces, mola. Y si no mola, siempre uno puede dar cursos sobre la plataforma porque alguien sigue comiendo muy bien de perpetuar su existencia.

PISA. Esas pruebas externas que hace una organización económica externa a determinados países, que cuesta una pasta y que permite interpretar una cosa y su contrario. Lo mejor de estas pruebas es que permiten disertar un tiempo al personal sobre las mismas aunque, por desgracia, sirvan entre poco y nada a la hora de la mejora educativa.

Post-it. Imprescindible en todos los saraos innovadores porque, ¿qué hay más innovador que un post-it de colores colgado en una pared donde los participantes van exponiendo sus ideas? La verdad es que si no fuera por los docentes y sus encuentros fuero del horario lectivo para reunirse tipo Juniors o “*foe de camp*“, los fabricantes de post-its se irían al carajo.

Scratch. Un lindo gatito que permite, en la mayoría de ocasiones, tener distraídos a los chavales por un tiempo hasta que se dan cuenta que lo único que pretende su profesor es tenerlos copiando prácticas que ya están hechas. Eso sí, mientras se hace Scratch, qué mejor que escuchar la canción de moda o, simplemente, tener abierta una sesión online -en caso que internet lo permita- de un juego de disparos.

Sor innovación. La monja más dicharachera de la innovación educativa. Copropietaria de un centro educativo subvencionado con dinero público que cobra la friolera de más de 300 euros mensuales y que ha sido postulada para el premio Princesa de Asturias. La gran representante del dios educativo en la Tierra.

Visual Thinking. Qué mejor que una imagen para representar lo que queremos decir. Las imágenes son el alma mater de un mejor aprendizaje y, es por ello que a los que el creador no ha tenido bien dotar de habilidades en el dibujo (sí, soy de esos que aún sigo dibujando en la pizarra y los alumnos cachondeándose a la par que intentan entender qué he dibujado) tenemos que buscarnos la vida. O sea, chupar alegremente imágenes de otros procurando que estén bajo licencias libres (CC). Sí, ya veis que os he introducido otro vocablo sin querer... el de licencias Creative Commons pero, aquí, os buscáis la vida. Bueno, va... Para los llorones y con pocas ganas de teclearlo en Google ya os doy una página. Mejor no. Jo, es que lo queréis todo hecho.

Por cierto, el mejor aprendizaje visual se da en los servicios de los centros educativos. Entre números de teléfono para enviar Whatsapps y búsqueda de pareja más o menos estable, la gran cantidad de dibujos que se encuentran entre dichos datos daría

para que nuestros alumnos asumieran todas las competencias educativas planteadas por la administración de turno.

Nada, un refrito innovador un poco gamberrete pero, es lo que tiene el deber acabar este despropósito denominado Educative Innovéision.

Epílogo

Me gustaría dar las gracias, de forma específica, tanto a Néstor Alonso (@potachov) por su desinteresado diseño de la portada y a Mikel Ortiz (@eztabai) por su “curioso” prólogo. No me gustaría tampoco despedirme de vosotros sin comentaros que, finalizar este libro no ha estado exento de momentos en los que, por determinados motivos iba a abandonar la ardua tarea. Tarea que no he abandonado gracias al cariño recibido por aquellos que me leen en el blog o por las redes sociales y, a todos aquellos que me acompañan a diario.

Muchas veces os he agradecido que me leyeráis. Si alguien ha llegado a estas líneas... muchas gracias. Sois, como os he dicho en más de una ocasión, fantásticos.

Seguimos...

Sobre el autor

Ingeniero Agrónomo por la Universitat de Lleida, con un máster sobre educación y TIC por la UOC, reconvertido en profesor de Tecnología en Educación Secundaria.

Actualmente de docente en un instituto valenciano, después de haber pasado por varios centros educativos catalanes donde, con mejor o peor suerte, ha ejercido su labor docente.

Disfrutando con un blog donde se sueltan incoherencias a diario y, pasando el rato en el bar de Twitter donde se le puede encontrar como @xarxatic.